





5-1

11-XI-45

EL GRADO DE CERTIDUMBRE
DE LA MEDICINA.

MEMORIA DE LOS SEÑORES DOCTORES
FRANCISCO DE PAZOS, MIEMBRO DE LA ESCUELA
Y SOCIEDAD DE MEDICINA

EL GRADO DE CERTIDUMBRE
DE LA MEDICINA.

UNA EDICION REVISADA EN 1863

Por D. Domingo José López de Letona,
Y Alvarado, Médico de la Real
Real Sala de San Mateo.



III. GRADO DE CERTIDUMBRE.

DE LA MEDICINA.

EL GRADO DE CERTIDUMBRE
DE LA MEDICINA.

MEMORIA ESCRITA EN FRANCÉS POR
MR. CABANIS, MIEMBRO DE LA ES-
CUELA Y SOCIEDAD DE MEDICINA
DE PARÍS.

*Traducida al Castellano de la úl-
tima edicion publicada en Agosto
de 1803.*

Por el Doctor Don Luis Guarnerio
y Allavenia, Médico que fué del
Real Sitio de San Ildefonso.



MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
1816.

EL GRADO DE CERTIDUMBRE
DE LA MEDICINA

MEMORIA RECITA EN FRANCÉS POR
MR. CAVANIS, MIEMBRO DE LA ESCUELA Y SOCIEDAD DE MEDICINA
DE PARÍS.

Traducción al Castellano de Juan
Tineo edición publicada en agosto
de 1803.

Por el Doctor Don Luis Quintanilla
y Allueva, Médico que fue del
Real Sitio de San Ildefonso.

MADRID.

IMPRINTA DE REPULLÉS.

1810.

Á LOS INDIVIDUOS DE LA JUNTA
DEL REAL ESTUDIO DE MEDICI-
NA PRÁCTICA DE ESTA CORTE,
LOS SEÑORES DON IGNACIO JAU-
REGUI, DON HILARIO TORRES,
DON ANTONIO HERNANDEZ, Y
DON MANUEL DAMIAN PEREZ,
DIRECTOR, CATEDRÁTICOS, Y SE-
CRETARIO VOCAL DE AQUEL ES-
TABLECIMIENTO.

SEÑORES:

*La traduccion de una
obra que tiene por objeto de-*

mostrar la certidumbre de
la Medicina, no puede ser
dignamente dedicada mas que
á una corporacion, creada
precisamente para llevar al
último grado de perfeccion
esta Ciencia, la mas como-
ladora del género humano,
desterrando las nebulosas teo-
rías que han llegado á em-
pañarla, y poniéndola en
aquel punto de infalibilidad
que corresponde al origen so-
brenatural que la atribuyó la

mas sabia antigüedad.

Dígnese, pues, la Junta de la Real escuela de Clínica de esta capital, de recibir baxo de su proteccion mis designios, y el pequeño medio de que me valgo para asegurar mas el buen sucesso de sus desvelos; añadiendo esta honra á las que me tiene dispensadas, y que sobre las leyes generales obligará tanto mi gratitud, como asegurará mi respeto.

Nuestro Señor guarde á
VV. SS. muchos años. Ma-
drid y Mayo 10 de 1816.

SEÑORES:

Teresa Gil de Guarnerio.

OBJECIONES
CONTRA LA CERTIDUMBRE
DE LA MEDICINA.

He aquí en pocas palabras las razones que alegan los detractores de la Medicina.

1^o No vemos los íntimos resortes de nuestra vida, y no tenemos ninguna idea exacta, ni del principio que nos anima, ni de los medios de que se vale para ejercer su acción.

2^o La naturaleza y las causas primarias de las enfermedades nos son del todo desconocidas.

3^o Son tan diferentes las enfermedades y tan susceptibles de complicaciones, que aunque se las observe con el mayor cuidado no podemos establecer ninguna regla fija, por medio de la cual podamos conocer-

las siempre: admiten tantas modificaciones por razon de la edad, del sexo, del temperamento, del clima, de la estacion, del estado de la atmósfera, del régimen que ha observado el enfermo, de su profesion, de las enfermedades que antes ha padecido, en fin, de sus pasiones habituales y del estado actual de su alma, que entre tantas y tan diferentes causas es imposible conocer el efecto peculiar de cada una, dar su justo valor á los fenómenos, y colocarlos donde corresponde, formarse un plan curativo conveniente, y en una palabra, obtener resultados dignos, por su certidumbre, de la utilidad del arte.

4.º La naturaleza de las sustancias que se emplean como remedios, es para nosotros un arcano, y aun lo es mayor su modo de obrar en nuestro cuerpo, y verosimilmente no hay un medio por el cual lleguemos á descubrir este misterio.

5.º Las esperiencias médicas son

mucho mas difíciles que la observacion de las enfermedades, y mas inciertas que los axiomas del diagnóstico y prognóstico que de ellas se derivan. El efecto que se cree producido por un remedio puede serlo por otras muchas causas que se ocultan al médico. El modo de obrar invisible, pero constante, de aquella fuerza medicatriz, cuyo único fin es restablecer el orden en los entes animados, el mismo curso de la enfermedad del que puede uno haberse formado ideas falsas, las alteraciones que padece el enfermo tanto en lo físico como en lo moral, y la mutacion de las causas externas que pueden obrar en él; todo esto es sin duda capaz de engañar á los ojos mas perspicaces, y de hacer que se atribuya á sus combinaciones un buen éxito que no es efecto suyo; y he aquí una fuente inagotable de errores, tanto para el artista, como para el arte mismo.

A la aplicacion de un remedio se

sigue la curacion de la enfermedad: luego el remedio ha producido la curacion: *post hoc, ergo propter hoc*. He aquí un mal método de racionar; pues sobre esta falsa autoridad se han formado todas las materias médicas, y fundados en ella los profesores han reducido á un sistema el modo de emplear los diferentes remedios. Es cierto que ninguna cosa exige mas conocimientos, penetracion y juicio que el descubrir verdades de esta naturaleza; pero tambien es innegable que no hay cosa mas facil que estraviarse en las investigaciones, aun cuando se siga un buen ánimo, y no hay cosa mas dudosa que las pruebas en que uno se funda cuando juzga que ha obtenido resultados verdaderos: y en verdad que si es casi imposible asegurar que un sugeto tiene una enfermedad determinada, lo es todavia mucho mas afirmar que tal remedio producirá este ó el otro efecto, ó bien que lo ha producido.

60 Si la medicina estuviese apoyada en basas sólidas, su teoría sería siempre una misma, y en especial su práctica no sería diferente en cada siglo, y los médicos antiguos y modernos, los de todas las naciones, y de todas las escuelas estarían acordes á lo menos en los puntos mas importantes; pero si se recorre la historia de sus opiniones, ¡cuán diferentes son sus conceptos! ¡y cuán opuestos entre sí los planes de sus métodos curativos! Heródico echó por tierra el edificio que erigieron sus predecesores, Hipócrates hizo casi lo mismo con el de Heródico, y las dos célebres escuelas de Gnido y Coe estuvieron en una guerra continua. Los dogmáticos querían hallar la verdad usando de hipótesis y de una serie de racionios, mientras que los empíricos querían desterrar de su práctica el racionio, y reducirla solo á la pura y simple observacion de los hechos.

Asclepiades creó una medicina

nueva fundada en la filosofía corpuscular, y segun su sistema la salud ó la enfermedad consistian en la proporcion que entre sí guardaban los cuerpos y los poros por donde aquellos debian pasar. En fin , despreció y holló los escritos de los padres de la medicina.

Themison la simplificó en extremo , pues redujo á tres clases todas las enfermedades: admitia en el cuerpo un estado de rigidez , otro de laxitud , y otro al que denominaba misto , y que segun él participaba de los dos primeros. A consecuencia solo admitia tres indicaciones correspondientes á estos tres estados, á los cuales refiere todos los efectos que pueden producir los remedios. Los pneumáticos, fundados en una opinion de Hipócrates ó de sus primeros discípulos , constituyeron la vida en la circulacion del ayre por nuestros vasos, y todas las alteraciones de la salud las referian al desórden de sus movimientos.

Galeno resucitó la medicina hipocrática, y se volvieron á presentar en la escena las crisis, el poder de la naturaleza, las facultades, las combinaciones de los elementos, lo seco, lo húmedo, lo caliente y lo frio. Para que brillase mas su sistema de los temperamentos, completó la doctrina de los humores de la que habia empezado á tratar Hipócrates: ¿pero no es evidente que queriendo darla mas estension la hizo mas defectuosa é incierta?

Los Arabes solo creían los delirios de los filósofos, y por consiguiente aplicaron á la medicina las abstracciones y fórmulas de Aristóteles. Entre ellos llegó á ser peripatética asi como fué epicúrea entre los Asclepiades, y así como ha sido despues sucesivamente cartesiana, leibnitziana, newtoniana &c. &c.

Los Alquimistas, y en especial Paracelso, quisieron sujetar la economía animal á sus caprichos. Quemaron los libros de los antiguos, juz-

gando que de este modo destruirían las leyes conocidas de la naturaleza. Su lenta observación no se acomodaba á la fogosidad de sus almas, y les desagradaban sus operaciones espontáneas, porque querían aumentar á su gusto sus movimientos, moderarlos, dirigirlos, y darlos otra dirección. Buscaban un remedio que satisficiese todas las indicaciones, y aun creían hallar en sus retortas el arte de prolongar la vida. Sus sales, sus azufres, su mercurio y su tierra, ocuparon el lugar de los humores de Galeno, y el de los elementos de Hipócrates. Finalmente, estos audaces reformadores hicieron de modo que no subsistiesen los preceptos de los Griegos, ni los dogmas escolásticos de los Arabes.

De todas estas extravagancias participó Helmoncio; pero amplificó, destruyó, ú perfeccionó, si se quiere así, muchos puntos de la doctrina de los Alquimistas. Sin embargo de que prorumpia en injurias

contra las escuelas, y no obstante el furor con que hablaba de los antiguos, sacó de los escritos de Hipócrates sus ideas acerca del principio vital. Lo que el médico de Coa llamó *Natura*, lo llamó él *Archeus*, y se persuadió de que formando una palabra nueva merecía el dictado de creador del arte. Pareciéndole ver que cada órgano se movía á su modo, que tenía una acción peculiar, que en las partes inmediatas á él ejercía una acción secundaria mas ó menos notable, y que tenía mayor ó menor simpatía con las partes remotas, supuso á consecuencia que cada órgano era un ente separado, que tenía una vida particular, y que el cuerpo era una especie de sociedad formada por la reunion de todos los órganos, siendo la vida humana el resultado de todas estas vidas combinadas en un sistema. Finalmente, estableció diversos centros de sensibilidad, y dió, si no las primeras máximas, al menos las primeras, y en algun tanto exac-

tas ideas de las fuerzas frénicas, y del influjo del estómago, cuyo orificio superior constituía el trono de su arqueo.

Los Químicos, que no se apartan tanto de la razon consideran al cuerpo humano como un laboratorio: sus órganos son alambiques, capiteles, vasos de destilar, matraces &c.

Estos nuevos Prometheos creen que han quitado al Cielo su fuego, y que lo pueden avivar ó apagar á su gusto como lo hacen con la lumbre de sus hornillos, hablándonos solo de precipitaciones, de fermentaciones, y de cohovaciones. El ácido, segun ellos, combate al alkali, y el alkali al ácido, y de la efervescencia que resulta cuando se combinan dos contrarios nace el calor animal y la vida. Dicen que los remedios solo obran por sus qualidades químicas y por las de los humores que encuentran; de todo lo cual se deduce que segun los esperimentos que se hacen en los vasos muertos, podemos juz-

gar de lo que se efectuará en los vivos.

Si se hubiera de creer á los médicos géometras, se podian explicar por medio de cálculos algebráicos todos los movimientos del cuerpo, todas las determinaciones vitales y todas las funciones. Los ángulos mas ó menos agudos de los vasos, sus diámetros, sus eges, las líneas rectas ó corbas, la razon compuesta de la acción de los sólidos, de la impulsión de los fluidos, de su resistencia recíproca; he aquí lo que se debe examinar para formarse una idea exacta de lo que es la vida, para conocer bien el modo con que se sostiene, como subsiste, se repara, y por fin cesa, así como se para una bola cuando por repetidos choques ha perdido el movimiento que la dieron.

Si hubiéramos de creer á los físicos, la atracción, la cohesión, la elasticidad, las fuerzas, las reacciones, y en fin todas las leyes de las masas inorgánicas son los medios por

los cuales hemos de resolver el gran problema de curar una enfermedad.

Los médicos mecánicos unas veces nos hablan de poleas, palancas, y puntos de apoyo, y otras de tuvos, de sopapas, y de émbolos. El que leyere sus libros creería que estaba en una tienda de relojería ó en una fábrica de obras hidráulicas; siendo así que los antiguos nos llevaban verdaderamente al taller de la naturaleza, al cual comparaban con la fragua de Vulcano, en la que estaban animados los fuelles, los martillos, y las obras del artista, y en donde se veía que los Tripodés iban por sí solos á los banquetes y á las juntas de los Dioses (1).

Hoffman, en su sistema del sólido viviente, se parece algun tanto á los médicos hipocráticos; pero se vale de muchas ideas de los mecánicos.

Staahl atribuye á la causa de los

(1) Esta comparacion es de Galeno.

movimientos vitales el saber, el deliberar, y el elegir, y en esto se distingue su teoría de todas las demas:

Los Animistas, sus discípulos, sacan del sistema de su maestro consecuencias prácticas mas rigorosas, mas estensas, y por consiguiente mas peligrosas.

Boërhaave, dotado de un genio vasto, metódico y luminoso, y de un talento que supo adquirir todos los conocimientos de su siglo, y que habia leído mucho las obras de los antiguos, quiso aprovecharse de todas sus ideas, quiso conciliar todos los sistemas, y quiso reducir á un cuerpo de doctrina todos los dogmas esparcidos, y muchas veces contradictorios. Química, física y geometría; todo, según él, puede aplicarse á la medicina. Sin embargo, hombres de genio y dotados de un sano juicio han apreciado debidamente la grandeza y la corrección de sus cuadros; pero han combatido los resultados prácticos de las teorías que en

ellos presenta : han pensado que el verdadero modo de empobrecer el arte era llenarle de tantas riquezas estrañas, que solo sirven para hacerle embarazoso, y el establecer entre la medicina y las demas ciencias aquella muchedumbre de conexiones frívolas ó del todo falsas.

Los semi-animistas modificaron las opiniones de Stahl, y quisieron fundarlas en las del mismo Hipócrates.

La escuela de Mompeller las presentó despues al público, aunque con otro aspecto valiéndose de las leyes de la sensibilidad.

Finalmente, los modernos Solidistas de Edimburgo han resucitado el sistema de Hoffman, acompañado de algunas ideas de Baglivio, y sin despreciar del todo las ideas relativas al principio senciente destruyen por medio de ciertas opiniones enteramente hipotéticas las consecuencias que de ellas se podian sacar, ó bien las dan menos valor del que merecen,

egerciendo una práctica débil y limitada.

He aqui una pintura de las revoluciones que han padecido las teorías generales de la medicina; cuadro, que aunque es sin duda muy incompleto, es muy bastante para dar á conocer que los libros que establecen ó combaten estas teorías, son poco suficientes para satisfacer las dudas que hay acerca de la certidumbre del mismo arte al que sirven de base; y lo mas singular de ellos es, que si se los lee se verá en todos el tono magestuoso y decisivo que toman tantos escritores opuestos los unos á los otros.

¿Y no podemos decir otro tanto de los autores prácticos? Lo que el uno aconseja, el otro lo reprueba, y lo que uno dice que ha observado, lo niega el otro. Aun los hechos mas sencillos, aquellos axiomas cuya evidencia ó falsedad parece poderse demostrar, dexan siempre en la incertidumbre al lector mas juicioso.

Si uno, queriendo convencerse de esta verdad, dexase los libros y siguiese á los prácticos, quando visitan enfermos, veria los mismos debates y las mismas contradicciones: por consiguiente su incertidumbre seria doble mayor, de modo que si le preguntáran á quién habia de adherirse, responderia que á su propia esperiencia; y si esceptuamos los médicos prácticos, parece que el deber de todos es limitarnos á un escepticismo absoluto, por lo que toca á la accion de la medicina.

731 Pero aun quando conociéramos mejor las fuerzas vitales, la naturaleza de las enfermedades, sus causas, y las circunstancias que pueden modificarlas en su curso; aun quando fuese posible dar mas certidumbre á los principios del arte, y caracteres mas distintivos y sensibles á la descripcion de todos los casos; aun quando se pudiesen determinar con exactitud los efectos de todas las sustancias que se emplean como re-

medios, y que deben considerarse como una especie de venenos, puesto que solo obran invirtiendo el orden de los movimientos naturales; aun cuando todos los médicos teóricos y prácticos estuviesen acordes y difiriesen solo en materias de poca entidad; aun cuando la práctica no diera cada día lugar á altercados indecorosos, y finalmente aun cuando fuese verdad que existe una Medicina, y que tiene las mismas bases que las demas ciencias; su ejercicio requeriria tantos y tan diversos conocimientos, tanta penetración, tanta atención, y tan grandes cualidades morales reunidas, que solo la profesarian pocos hombres, y solo por esto se debería considerar como si no existiese, ó por mejor decir, como una arma ofensiva puesta en las manos de la ignorancia y del charlatanismo.

§. II. *Reflexiones sobre los primeros descubrimientos que se hicieron en la Medicina, y sobre el método que siguió el entendimiento humano para deducir las reglas que de ellos resultan.*

Creo que aunque he hecho un resumen de todas las objeciones, las presento no obstante en toda su fuerza; pero antes de pasar á examinarlas con la atención que exigen, se aclararía la cuestion, presentando una descripción breve de los primeros ensayos hechos en la Medicina. Las tentativas de sus inventores, y los métodos que siguieron, nos inducirían á juzgar anticipadamente de la confianza que debemos tener en sus descubrimientos, y reciprocamente el carácter de sus descubrimientos nos pondría en estado de apreciar los métodos y sus resultados, esto es, las tentativas.

He dicho ya que los seres vi-

vientes están sujetos al dolor, y condenados á muerte por una consecuencia necesaria de su naturaleza, y por el efecto de las causas á cuya acción no pueden oponerse. Antes que nazca el niño, y especialmente en el instante en que ve la luz, es la causa ocasional de que la madre que le llevó en su seno padezca muchas enfermedades y dolores. Hasta que sus tiernos órganos hayan adquirido toda la consistencia debida, está espuesto á la impresion de todos los agentes externos, y su estado físico puede admitir muchas modificaciones por las mas leves causas. La mayor movilidad en el sistema nervioso; la mayor blandura en los sólidos; la menor energía ó constancia en aquella acción, por medio de la cual se animalizan las sustancias nutritivas, y en fin otras mil circunstancias particulares, cuya esposición seria muy difusa, le sujetan á infinitos males, que hacen la época de la infancia tan peligrosa en todos los

climas y en todos los pueblos. En su desarrollo natural está espuesto á mil peligros, y lo mismo le sucede en todas las revoluciones de las edades. Es hombre, y crece: es hombre, y adquiere nuevas facultades: esto basta para turbar el orden de esta máquina otro tanto mas irritable, cuanto los movimientos tónicos de ella tienen menos firmeza, y para destruir algunas veces su principio por las mismas crisis que los deben completar cuando se hayan manifestado.

Habian observado los antiguos que en la economía animabise efectuaban algunas alteraciones singulares á los siete, catorce, veinte y uno, y treinta y cinco años, y que en cada una de estas cuatro épocas se curaban los hombres de las enfermedades que hasta entonces habian padecido; pero que, ó contraían otras nuevas, ó que por lo menos quedaban en estado de contraerlas. Estas épocas, decian, son los tiempos en que la naturaleza combate

para borrar, por decirlo así, las primeras impresiones, sustituyéndoles otras, necesarias sin duda para el cumplimiento de sus fines ulteriores; y ciertamente no se puede efectuar este combate sin que el cuerpo padezca vivos sacudimientos, y sin que todas las funciones reciban, aunque no sea mas que momentáneamente, notables alteraciones.

Es innegable, y lo confirma cada dia la esperiencia, que las mudanzas que observaron los antiguos se efectuan, segun el órden que vemos en sus escritos, que siguen la grande revolucion de las cuatro épocas, y que estas mudanzas van casi siempre acompañadas de una especie de calentura. Frecuentemente sobrevienen despues de grandes enfermedades agudas, y hay ocasiones en que estas las producen ó las determinan; razon por la cual muchas deben considerarse como la crisis de una época que completan, y como dependientes de las mismas leyes que ha-

cen que el cuerpo pase por todos los grados de incremento, y que le conducen sin que pueda resistirlos hasta el último período de la madurez.

Si hay épocas determinadas para que se efectúen las diferentes revoluciones del ser que se va formando; las hay también para que se invierta el orden de estas revoluciones cuando se va destruyendo; y estos tiempos climatéricos, que dan otras modificaciones al carácter ó al orden de los movimientos vitales debilitados, se distinguen, ya por las enfermedades que ocasionan, ya por las que los preparan. ¿No podemos considerar á la vejez como una enfermedad que no sabemos lo que durará; pero cuya terminación es siempre fatal aunque esté su curso arreglado por la naturaleza?

En las mugeres la aparición de los menstros es precedida de grandes desórdenes, su repetición periódica produce todos los meses algunas incomodidades, y el tiempo en que

cesan del todo se llama *crítico*, y es con efecto tan peligroso, que causa la muerte á una cuarta parte de las mugeres que llegan á esta edad, ó cuando no las esponen á padecer mucho (1). Finalmente, si todas las mugeres casadas padecen males graves y dolorosos, las que se mantienen solteras toda su vida los padecen mayores y mas terribles.

Por esta razon, aun sin contar los errores del régimen que por lo comun son inevitables, ni las intemperies de las estaciones, de las que no siempre es posible eximirnos, ni la influencia de la atmósfera que parece burlarse de todas nuestras precauciones, aun sin incluir en esta narracion la turbacion que las pa-

(1) Los Griegos decian en su lengua pintoresca: *que tales mugeres habian sido heridas por los dardos de Diana*, cuyo astro (esto es la luna) presidia á la menstruacion. En este sentido dice Andrómaca de su madre..... HOMERO, ILIADA.

siones escitan en el cuerpo viviente, ya directamente, por la íntima conexión que hay entre los movimientos físicos y las determinaciones morales, ya indirectamente, por el desorden que estas mismas pasiones causan en todas las mas mínimas acciones de nuestra conducta; y finalmente, aun sin enumerar las sustancias venenosas, y algunos contagios que al parecer obran como ellas, es incontestable que la enfermedad y el dolor estan íntimamente unidos á las funciones de la vida.

He dicho que el deseo de prolongar esta vida de tan corta duracion, de calmar el dolor que la hace molesta; y de curar las enfermedades que la amenazan, era tan natural al hombre como sus necesidades mas urgentes, y que un instinto, muchas veces irresistible, le obligaban á buscar las situaciones que mas favoreciesen á su curacion, indicándole á veces lo que le podia servir de remedio. Este deseo ha sido la

causa de que se hagan observaciones médicas, y este instinto ha sido el que ha prestado la materia á las primeras observaciones que se han hecho.

En un ataque de asma se levanta el enfermo de la cama, manda abrir las ventanas, y ansía por respirar en un espacio donde haga mas aire. En un reuma tiene mas frio, se abriga mas de lo acostumbrado, se mete en su cuarto, quiere bebidas calientes, y come poco porque tiene menos ganas que lo regular. En una enfermedad inflamatoria pide con instancia que le den bebidas diluentes, desea respirar un aire fresco, y no quiere estar arropado; si padece una calentura pútrida aborrece toda sustancia animal: solo el oler la carne le escita náuseas, y el acordarse de ella le pone de mal humor. ¡Pero con qué ansia no come frutas ácidas y frescas, desea licores ácidos, y con especialidad el vino, cuyo fluido reúne en sí las dos cua-

lidades de corregir las degeneraciones pútridas, y la de animar la languidez de las fuerzas! En todas las calenturas un poco graves se busca naturalmente una postura que, para mantenerse en ella, no se hayan de emplear muchas fuerzas, á fin de que estas auxilién á la naturaleza para hacer la coccion. En una palabra, á aquellos sugetos cuya vida civil no ha alterado sus deseos, y cuya imaginacion no ha contribuido en nada á que se estravíe el instinto, este les indica muy á las claras lo que deben egecutar. El instinto, pues, ha precedido á la Medicina, y el instinto la ha enseñado el camino; el instinto puede suplir por ella y la puede aun ilustrar, y por esto no debemos jamas despreciar sus indicaciones.

He dicho tambien que quanto mas se va manifestando la razon, otro tanto mas parece que el instinto va perdiendo su penetracion, y ciertamente que si en las complicadas

enfermedades del hombre social nos hubiéramos de dirigir por el instinto, sería la guía mas insuficiente é incierta. Pero aunque al presente no pueda auxiliar á nuestro arte, ni con ideas muy estensas, ni con grandes recursos, es innegable que en el origen de éste se debió al solo instinto el conocimiento de los primeros y mas sencillos de todos los remedios.

Independientemente de aquel medio general, por el que la fuerza vital vela por la conservacion de todos los séres animados, se producen ademas en estos otros movimientos que no perciben, pero cuyo efecto es tambien restablecer el orden de la economía, ya evacuando las materias morbíficas, ya volviéndolas á dar el carácter de los humores sanos, y ya tal vez en fin mudando de un modo indeterminado el estado vicioso de los órganos mas recónditos. La observacion de estos movimientos conservadores es la fuente mas pura y mas fecunda, de donde se deben for-

mar las descripciones de las enfermedades, y de donde se deben deducir los principios para ensayar varios métodos curativos. De esta fuente sacó el arte en su origen sus primeros conocimientos, y despues de tantos siglos y de tanto como se ha trabajado para su adelantamiento, se vale todavía de ella para adquirir las mas exactas nociones y elegir los medios mas seguros.

Es muy regular que en los primeros tiempos de la Medicina se concediera á los enfermos lo que apetecian, y que se contentasen los observadores con anotar el resultado de este proceder. Se observó, v. gr., como he espuesto antes, que todo hombre, cuyo estado se apartaba mucho del de salud, deseaba siempre estar en una situacion horizontal, que deseaba bebidas diluentes, y que quería estar á oscuras y sin ruido; que los que podian disfrutar de estas comodidades y de estos auxilios se curaban mas pronto; y que aquellos

que no los tenían, ya por razon de sus pocos haberes, ya por otras circunstancias particulares, permanecian enfermos mucho tiempo, vivian angustiados en su estado de languidez, y por último morian algunas veces despues de haber padecido mucho, y por mucho tiempo. De la reunion de todos estos hechos constantemente observados, se dedugeron muchas consecuencias prácticas muy sencillas, pero muy fecundas en sus aplicaciones, y que confirmadas, rectificadas, ó mas restrictas por esperiencias ulteriores, se vieron convertidas bien pronto en axiomas. He aquí el primer paso que dió la Medicina.

Observóse principalmente que la naturaleza curaba escitando por lo comun alguna evacuacion saludable, que esta evacuacion era anunciada por un trastorno mayor, y que todas las veces que no era necesaria para volver á establecer el orden y la accion de los órganos, aumentada entonces considerablemente, produ-

cia en el cuerpo mudanzas singulares que, como acabo de decir, daban á los humores su carácter peculiar y toda su vitalidad.

He aquí el segundo paso, que es de una grande importancia.

Los enfermos no siempre reconocían la salud por los mismos medios. Unos tenían vómitos, cursos, ó flujo de orina; otros arrojaban con los mocos ó con los esputos materias mucosas y puriformes, y muchos sudaban en abundancia ó les sobrevinían hemorrágias por las narices ó por los demas enmutorios.

No siempre era tan favorable la terminacion de las enfermedades, por no ser siempre la naturaleza tan enérgica que pudiese triunfar del mal, espeler su causa fuera del cuerpo ú hacerla ineficaz quitándola sus cualidades nocivas. Solo hacia entonces tentativas muy débiles; ó si acaso escitaba algunos movimientos parciales, aunque mas enérgicos, se conocia inmediatamente que eran muy

distintos de los del primer caso : la muerte terminaba esta lucha tan desigual, y los observadores que paraban su atencion en los fenómenos que lo habian precedido conservaban siempre la memoria de aquel caso : por esta razon cuando veían igual conjunto de síntomas en otro enfermo, sabian que debian contar muy poco con la naturaleza, y que los recursos del arte que pareciesen los mas eficaces eran el solo medio que dictaba la prudencia.

Las enfermedades no se asemejan unas á otras, ni por los deseos que inspiran á los enfermos, ni por sus crisis, ni por su buen ó mal éxito, ni por su duracion. Tampoco son todas unas mismas, sin embargo de que muchas parecen ser de la misma índole, presentan los mismos fenómenos, y siguen el mismo curso. La naturaleza las cura todas de un mismo modo, ó cuando no puede lo efectúa por la violencia de los accidentes casi semejantes. Así es que

por una parte no se pueden considerar todas las enfermedades como un solo y mismo hecho, como un solo y mismo ente, y por otra no se necesita formar tantos entes individuales, ó cuando esto no sea, se pueden clasificar por medio de la memoria, así como se clasifican los animales, las plantas y los fósiles, porque aun siendo verdad que estas clasificaciones han sido una fuente inagotable de errores, el alma necesita una cadena que una sus conocimientos; y con tal que el que la forme no se adhiera á ningun sistema, con tal que se contente con presentar ciertas relaciones notables que tienen los fenómenos entre sí, y con tal que no deduzca de ellos consecuencias mas estensas que lo que permiten estas relaciones, puede ser siempre útil, y no habrá ningun inconveniente en admitirla, mucho menos pareciendo indispensable.

La primera distincion que se hizo de las enfermedades, fue sin duda

acudiendo á su duracion. Las unas tienen un curso rápido, y los efectos de las otras se manifiestan tarde. A estas se las llamó *crónicas* y á aquellas *agudas*: dos denominaciones muy bien fundadas, y que llevan consigo el sello de la lengua enérgica de los Griegos de quienes las hemos tomado.

Se hicieron otras distinciones ó clasificaciones segun las diferencias que se observaban en los fenómenos, en las crisis, en la terminacion de las enfermedades, y en fin segun las variedades de semejanza ó diferencia que presentaban. Tambien estaban fundadas en la misma naturaleza estas clasificaciones, y aun tal vez eran mas necesarias al arte de curar, arte que no merece tal dictado sino cuando sabe formar planes combinados y completos de un método curativo.

Las clasificaciones que se han formado, atendiendo al temperamento del enfermo, á su régimen, á sus costumbres, y en una palabra, á to-

do lo que precede á la enfermedad, y que puede colocarse en el número de las causas que la producen, estas distinciones, digo, se hicieron mucho despues; y aun cuando se hubieran podido entonces reducir á un sistema, habia ya hecho progresos considerables la observacion, se habia perfeccionado el modo de formar tablas sinópticas, debia saberse qué remedios eran los que primero se empleaban, y en una palabra, la Medicina habia salido de la infancia.

Mientras que los observadores investigaban los modos de obrar de la naturaleza, mientras que los describian, los generalizaban y sacaban de ellos las consecuencias que podian, no debemos presumir que su juicio fuese meramente pasivo, esto es, que se contentasen con ser simples espectadores. El instinto les habia enseñado á guardar dieta en ciertas ocasiones, á usar de bebidas unas veces calientes, tibias ó frias, acuosas, demulcentes y diluentes, y otras áci-

das, aromáticas y espirituosas : es cierto que cuando las administraron al principio, fué sin combinar unas con otras y sin el obgeto de hacer algunas tentativas ; pero habian observado que estos sencillos remedios producian buenos efectos, y quando no se manifestó en los enfermos la voz de la naturaleza, debieron hacer los mismos ensayos por la analogía de unos casos con otros. Es tambien innegable que al principio solo debieron guiarse en este particular por simples probabilidades, que era de lo que mejor se podian valer en aquellas circunstancias. Bien pronto convirtió la esperiencia en certezas prácticas estas probabilidades (1); y aun quando los observadores se hubieran engañado por falsas verosimilitudes, la necesidad de elevarse al

(1) En lo sucesivo se verá qué es lo que entiendo por *certezas prácticas*, y cómo las distingo de las certezas abstractas y rigurosas del raciocinio.

origen de sus errores y de aprender á valuar mejor en lo sucesivo estas señales equívocas, les hubiera obligado á examinarlas con mas atencion, y á perfeccionar, en virtud de estas mismas faltas, la perspicacia de su vista y la finura de su tacto.

De este modo, la observacion de los efectos producidos por los remedios, ilustró la de las enfermedades, hizo que fuese su historia mas correcta y exacta, y dió cierta restriccion á las conclusiones demasiado generales que se habian establecido precipitadamente, así como, por su parte, la observacion de las enfermedades, despues de haber dado á conocer el uso de los primeros remedios, enseñó á estenderle por analogía á otras enfermedades, y confirmandolo todo ó rectificándolo por nuevas pruebas, hizo esfuerzos para fundarlos en reglas ciertas.

Lo que debió sugerir sobre este particular las ideas mas exactas, y las mas felices combinaciones, fué

el modo con que veían que la fuerza medicatriz de la naturaleza dirigia las crisis, las evacuaciones ó los movimientos que pueden suplir por ellas. Se habia advertido, pongo por caso, que un dolor de costado vivo y penetrante acompañado de calor, de respiracion dificil, de tos, y de espantos sañguinolentos se calmaba quando la espectoracion tomaba oportunamente un aspecto puriforme, y que efectuándose esta evacuacion, sin causar trastorno, se curaba el enfermo en poco tiempo, y que su supresion podia, por el contrario, causar la muerte ó producir su interrupcion los accidentes mas graves. Se habia visto que todas las crisis se efectuaban por medio de un aumento de accion en el principio vital, y que á proporcion que esta accion se debilitaba, las retardaba ó impedia del todo el que se efectuasen: se habia tambien observado que su escesiva energia no produce efectos menos fatales, y que por esta razon deben

contenerse los movimientos vitales en sus justos límites, ó reducirlos á un medio cuya idea clara y exacta solo podemos formar viendo el aspecto que presentan los enfermos, y esta idea nos servirá en todos los casos y en todas circunstancias.

Se habia visto que cada enfermedad tenia su crisis privativa que preferia la naturaleza; pero que ésta sin embargo se abria otros caminos, y producía el mismo efecto auxiliada de algunos medios que la eran poco familiares, y esto en razon de los obstáculos que hallaba en el estado de los órganos, ó por ciertas y particulares causas que el médico no comprehende; y así es que veían, por egemplo, que la pleuresia, de que acabo de hablar, se curaba no solo por sudores ó por orinas abundantes, que frecuentemente reemplazaban á la espectoracion, sino tambien por cursos biliosos, y esta especie de crisis es casi del todo estraña á las enfermedades esenciales del pecho.

Finalmente, se habia visto á la naturaleza equivocarse en lo que intentaba, que, por una especie de delirio, se precipitaba en el peligro, ó causarlo ella misma haciendo tentativas funestas, dirigiendo sus esfuerzos inconsideradamente, y produciendo evacuaciones que ponian al enfermo en el último estado de estenuacion.

Por otra parte, los apetitos naturales, la analogía, la casualidad y muchas felices congeturas habian enseñado que ciertas sustancias aplicadas al cuerpo humano podian producir las mismas evacuaciones, y determinar los mismos movimientos (1)

(1) El hombre, por la exquisita sensibilidad de sus órganos, es entre todos los animales el mas susceptible de admitir una modificacion cualquiera, ya por la accion de los alimentos, ya por los remedios. Dice Bacon, que todo este conjunto es la prueba del imperio de la Medicina y el origen de sus frecuentes errores.

á quienes se deben las curaciones espontaneas. De estas sustancias unas escitaban el vómito, purgaban y aumentaban el sudor y la orina, otras hacian recobrar las fuerzas perdidas, ó moderaban su accion muy viva, ó bien las mantenian en un estado medio; otras calmaban los vómitos, detenian las diarreas y el sudor, y parecia que obraban, ya constriñendo todos los emuntorios, ya disminuyendo su sensibilidad y produciendo en todos los órganos un sosiego desconocido, del cual participaba el alma misma, y que era precursor de un dulce sueño (1).

Subjectum istud medicinæ (corpus nimirum humanum) ex omnibus quæ natura procreavit, maxime est capax remedii, sed vicissim, illud remedium maxime est obnoxium errori. Eadem namque subjecti subtilitas et varietas, ut magnam medendi facultatem præbet, sic magnam etiam aberrandi occasionem. De Augm. scient., lib. 4. cap. 2.

(1) Deben colocarse entre los reme-

Quando se llegó á esta época, los médicos de aquellos tiempos hallaron hecho lo mas difícil, respecto del conocimiento y aplicacion de los medi-

dios mas eficaces las sangrías y los baños. Su utilidad era conocida desde la mas remota antigüedad, como nos lo enseña la historia de la Medicina, y como se puede inferir del frecuente uso que de ellos hacia Hipócrates. En sus escritos vemos recomendados muchas veces los baños calientes y frios, y aun él mismo refiere los efectos que le surtieron en varias ocasiones.

Hipócrates mandaba abrir casi todas las venas del cuerpo y aplicaba ventosas escarificadas. En su tiempo ya se cortaban y se canterizaban las arterias; y ciertamente que no se hubieran arriesgado á hacer estos ensayos los médicos de aquellos tiempos, si anticipadamente no se hubieran hecho muchas tentativas con cierto miedo, y si aquel método no se hubiera juzgado eficaz por una larga serie de experiencias.

En todos los paises necesita el hombre agua para mantenerse limpio; y esta necesidad es mas urgente en los climas

camientos: debía ser lo demas obra del tiempo y de la activa curiosidad, y en especial de la necesidad, que hizo que incesantemente se pensasen

cálidos; por esto es verosimil que sus habitantes abrasados por los ardores del sol, ó cubiertos de polvo, una vez que hubiesen experimentado la comodidad de bañarse, se acostumbrasen á ello. Cada dia pues tenian ocasion de observar sus efectos en todos los casos posibles. Si la estacion iba siendo mas fria, y querian continuar lavándose, sabian que el agua natural del rio ó de la fuente les producía sensaciones muy desagradables. Por esto la entibiaban, en este estado las producía agradables, aunque de diverso género que las que causaba la accion del agua fria. He aquí una nueva necesidad, una nueva costumbre y la causa de nuevas esperiencias. Es notorio que el baño caliente ocasiona algunas alteraciones en el cuerpo, estas pueden ser saludables ó nocivas, y que son esencialmente distintas de las que produce el baño frio. ¿No es esta una materia sobre la que deben reflexionar los observadores, y hacer algunas tentativas útiles para cu-

nuevos remedios, cuya necesidad era tanto mayor cuantos mayores eran los males. El modo con que los hombres habian hecho sus descubrimien-

rar algunas enfermedades?

Con este objeto fué Medea la primera que usó de los baños tibios, segun los antiguos nos refieren, y este era un medio por el cual lograba poder tener mas lisura en el cutis, y mas soltura en los miembros, y por el cual queria rejuvenecer á los viejos. Esta dió lugar á que se la acusase de que los herbia en agua caliente. En fin, esta tradicion desfigurada por las fábulas de que está llena, no puede ser en realidad mas que otra fábula y lo peor es que nada nos ilustra, á pesar de los esfuerzos que hayan hecho los intérpretes de la antigüedad para sacar de ella algunas utilidades.

En la misma duda nos dejan los monumentos históricos acerca del origen de las sangrías. Se dice que cuando Podaliro volvía del sitio de Troya, curó á la hija del Rey Dameto (la cual se habia dado un golpe considerable) solo con sangrarla de los dos brazos. Plinio asegura que cuando se ha puesto muy gordo el

tos, podia conducirles á hacer muchos mas, y esto era una cosa que veian y conocian: el término se presentaba á sus ojos aunque de lejos,

hipopotamo se sangra él mismo, frotándose contra ciertas cañas punteagudas.

Pero se duda de la verdad de esta proposicion, y por consiguiente se debe dudar mas de lo que dice el citado autor, que dicho animal fué el que sugirió á los hombres la idea de poner en práctica este remedio.

Es verosimil que habiendo observado que las hemorragias espontáneas son las crisis de muchas enfermedades, que la retencion de los menstros en las mugeres, ó del fluxo hemorroidal en los hombres, es la causa de una multitud de accidentes, y que su erupcion regular es la señal de salud, habiendo visto que por lo comun se curan mas pronto las llagas de las cuales ha salido alguna sangre, y que los vasos, en especial los que no pulsan, se cicatrizan con mayor facilidad, es verosimil, vuelvo á decir, que, siguiendo todas estas observaciones, intentasen los hombres por el arte lo que la naturaleza ó los accidentes habiau

tenian abierto el camino, y las verdades mas interesantes les esperaban de distancia en distancia.

Sin entrar en otros por menores,

producido tantas veces por sí mismos.

Se habia visto que algunos apopléticos, cayendo de cara en el suelo, y sobreviniéndoles de resultas del golpe grandes hemorragias por las narices, se curaban de su enfermedad á beneficio de la caída que ella misma habia ocasionado. Tal vez fueron testigos de semejantes hechos los primeros observadores de la naturaleza. Luego de todo se aprovechaban en unos tiempos en que sus conocimientos, sus ideas y sus medios eran tan cortos, y en que solo reconcentraban su atencion en los hechos, sin que los distragese ninguna hipótesis teórica.

Refiere Galeno una observacion, en la cual hubiera empleado la sangría á no haber sabido de antemano cuáles eran sus efectos, y cuando se habia de acudir á ella oportunamente. Le llamaron para visitar á un sugeto que se habia herido en la parte inferior de la pierna. La hemorragia era copiosa, habia mucho tiempo que salia la sangre y que conti-

vemos como los inventores de la medicina, guiados por la naturaleza, y por las circunstancias, llegaron á hacer sus observaciones, á estenderlas

nuaba saliendo con la misma impetuosidad, sin embargo de haberse echado mano de todos los stypticos posibles; porque la arteria estaba medio cortada, y los dos pedazos no podian contraerse ni unirse al músculo por donde pasaba. Galeno acabó de cortarla, y con esto cesó la hemorragia y se curó el hombre; pero no solo curó de su herida, pues la excesiva cantidad de sangre que perdió le curó tambien de una sciática de mucho tiempo, y contra la cual habian sido inútiles todos los socorros del arte. Aun añade Galeno, que padeciendo él un dolor inflamatorio del hígado, le digeron en sueños que se abriese el vaso que hay entre el pulgar y el índice, lo cual ejecutó y le produjo el mejor efecto. Pero soy de opinion que debemos contar mas con los hechos que este hombre célebre observaba, ó con las consecuencias que de ellos deducia cuando estaba despierto, que con las revelaciones que en sueños tenia.

por analogía, á rectificarlas con nueva experiencia, á coordinarlas metódicamente, y á colocar á su lado y en el mismo orden las consecuencias

Cuenta la fábula que un buytre enseñó al Pastor Melampo, á usar del orin del hierro contra la impotencia, y la casualidad á emplear el eléboro para curar la manía. Nada nos enseñan los buytres, y en cuanto á lo que se llama casualidad, es y será siempre para nosotros, una fuente de instruccion, pero solo instruye á los observadores: para aprovecharnos de lo que nos presenta es necesario reflexionar sobre ello, y el que mas quiere investigar es tambien el que hace mayores descubrimientos.

Los primeros remedios que se emplearon en la práctica de la medicina, fueron los eméticos y los purgantes; pero en especial todas las sustancias que reunen en sí estas dos propiedades. Sin duda debió ser así porque su accion es la mas sencilla y la mas evidente; los movimientos que estos remedios escitan son los mas familiares á la naturaleza, y su utilidad ó su ineficacia son muy fáciles de comprobar.

que de ellas se deducian naturalmente. El arte existia pues, aun en la época en que yo le dexo: existia no con los conocimientos que puede adquirir, y que tal vez no adquirirá jamas; pero sí con todos los medios por los cuales puede adquirirlos. Se conocia cual era el estado de salud y cual el de enfermedad; se conocia el uno y el otro, no por hipótesis sutiles, y sí por señales evidentes y ciertas. Los observadores de aquellos tiempos habian aprendido á distinguir las enfermedades, á preveer su curso, sus crisis y sus terminaciones: sabian con certeza cual era el efecto de los principales remedios, su uso estaba sujeto á reglas generalmente seguras y constantes, se sabia que debian obrar de tal modo en tal caso determinado; y en otro de un modo diverso ó contrario; se habian convencido sobre todo de que no podian producir ninguna alteracion en el cuerpo sino mediante las fuerzas vivas que lo animan; de que los au-

xilios del arte son ineficaces en los moribundos de que no se puede detener, turbar, ó invertir los movimientos que la naturaleza imprime sin los auxilios de ella misma.

He aquí el estado en que poco mas ó menos se hallaba la medicina en tiempo de Hipócrates. Los escritos de este hombre singular nos presentan ya modelos para saber observar y describir las enfermedades, ya resultadas generales sobre su conocimiento ó su diagnóstico, y sobre las indicaciones de los remedios; resultados que contienen casi todas las grandes verdades, casi todas las grandes ideas, y aun se puede decir sin preocupacion, el germen de muchos descubrimientos modernos los mas importantes. Aquí se ve que Hipócrates sabia ya hacer mucho con una materia médica poco rica; y no se puede dudar que las curaciones que hacia, se debiesen al orden con que habia adquirido ó compilado él mismo sus conocimientos, á su modo

de observar y de sacar sus indicaciones ; y en una palabra al método con que dirigia sus ideas y sus planes curativos.

No pretendo sacar ninguna consecuencia de todo lo que precede; pero me parece que con lo que he indicado puede el lector conocer si es ó no posible en efecto responder á las objeciones puestas contra la Medicina.

Voy á examinarlas sucesivamente con el mayor cuidado, y á pesar en una balanza imparcial las razones en que estan fundadas. No hago este examen para defender preocupaciones favoritas, es solo para investigar sinceramente la verdad que, debiendo al fin elevarse como siempre sobre las ruinas de todas las opiniones de los hombres, es la sola autoridad que será eternamente digna de que se la reconozca y de que se la defienda.

§. III.

Examen de la primera objecion.

Es cierto que no hemos llegado á descubrir por puras investigaciones, cual sea la naturaleza de la causa que mueve los cuerpos animados, y cuales las circunstancias inmediatas que modifican su influencia en los diversos órganos; y tambien es cierto que si su conocimiento debe servir de base al arte de curar, el arte peca esencialmente por su base. La cuestion pues se reduce á saber si es necesario, ó al menos si seria muy útil penetrar la misma esencia de las fuerzas vivas, y tener una exacta idea del modo que obran en el cuerpo.

Respuesta.

El hombre no conoce la esencia de nada, ni la de la materia que tiene á su vista, ni la del principio

secreto que la vivifica, y que determina todos los fenómenos del universo. Habla muchas veces de causas que se lisongeó haber averiguado, y de otras muchas que siente no poder descubrir; pero las verdaderas causas, las causas primarias estan para él tan ocultas como la esencia misma de las cosas: no conoce ninguna. Ve efectos, ó por mejor decir recibe sensaciones: observa relaciones, ya entre los objetos, á los cuales las atribuye, ya entre sí y estos objetos: hace esfuerzos para percibir incesantemente nuevas relaciones (1): las coordina para que queden impresas en su memoria, para valuarlas mejor, y para deducir de ellas lo que puede ser útil á su conservacion, ó proporcionarle nuevas fruiciones; y he

(1) Esplicar un hecho por sus relaciones con otro hecho no es elevarse á su verdadera causa. Cuando los dos hechos son identicos, es reducirlos á uno solo, y cuando son simplemente análogos es determinar sus puntos de semejanza.

aquí todo lo que hace. Examinando estas supuestas causas, cuyo conocimiento le ensoberbece, se ve que en realidad no son mas que hechos, y cuando dos se encuentran enlazados entre sí y en un orden sucesivo, ya se dice que el primero es la causa del segundo; este tambien podrá ser causa relativamente del tercero que le siga. Del mismo modo que procediendo por la analisis, cualquiera encuentra un hecho anterior á la causa que ha descubierto, hasta llegar á aquella fuerza espontanea que mueve todo el mundo en su conjunto y en cada una de sus partes. Luego esta es la sola verdadera causa que contiene en sí todas las demas, y nuestra débil vista no conoce su naturaleza ni sus medios. En vano procuramos disipar las nubes que la cubren: á cada esfuerzo nuestro parece que se condensa la obscuridad: solo percibimos fantasmas ilusorias, y el objeto se aleja mas y mas á medida que creemos acercarnos á él.

Segun la naturaleza de las cosas, ó por mejor decir, segun nuestra propia naturaleza, nos es imposible conocer esta causa primaria, objeto de muchas investigaciones, y escollo de los investigadores de todas edades. Nosotros la entrevemos baxo mil formas distintas, pero siempre se nos escapa; pues en los fenómenos de los tres reinos, en el curso regular de los cuerpos celestes, y aun hasta en las propiedades de la molécula mas inerte en apariencia, hace que evidentemente la sintamos: ¿pero vemos otra cosa allí mas que estas mismas propiedades, la regularidad de este curso y el orden y las relaciones de estos fenómenos?

Ahora bien: solo nos falta saber si este conocimiento, en cuya investigacion tan inútilmente se han empleado tantas profundas meditaciones, tantos trabajos literarios, falta saber, digo, si es aplicable realmente á las necesidades del hombre. Para observar el orden constante con que se

sucedan el flujo y reflujo del mar, para servirse de él á fin de que los navios bajen ó suban á la embocadura de un rio, ó que costeen sus orillas escarpadas, ¿necesita el hombre conocer cuál es la fuerza que equilibra el océano, y cual la ley primitiva que hace obrar á esta fuerza con tanta regularidad? ¿necesita conocer la causa de las afinidades de los cuerpos, de su elasticidad y de su cohesion para hacer ya en la química, ya en la física todas las operaciones que se fundan en estas propiedades? ¿Para inventar, para perfeccionar la agricultura se necesita arrancar á la naturaleza el secreto de la vida de los vegetales, y el de sus propiedades particulares? No, sin duda. La observacion de los hechos es la herencia del hombre, y ella sola le es muy bastante. Como solo le interesa el estudiar los objetos, atendidas las relaciones que tiene con ellos, y como estas mismas relaciones son medios seguros para descubrir en ellos lo que

mas le conviene, se sigue que el conocimiento de los objetos que se resisten á sus investigaciones le es tanto menos útil, cuanto que está fuera de sus alcances, y que en hecho de verdad no necesita saber, sino lo que puede aprender haciendo buen uso de sus facultades.

Ignoro pues las causas; pero la observacion me enseña que todo se efectúa en la naturaleza de un modo regular y constante que en circunstancias absolutamente iguales, los hechos son siempre los mismos, y que si alguna vez se diferencia, es por razon de las alteraciones que pueden sobrevenir en los hechos anteriores de donde se derivan, y en los hechos simultáneos con los cuales tienen relaciones estrechas.

Ignoro cual sea la causa de la digestion, quiero decir, aquella causa que hace que los nervios del estómago impriman á los jugos gástricos la facultad de disolver tales ó tales alimentos, que quita á estos mismos

jugos la misma facultad por el efecto de las circunstancias, cuya accion solo obra en el sistema nervioso en general, como por egemplo, á consecuencia de ciertos desórdenes morales. Yo lo ignoro, y verosimilmente lo ignoraré siempre. Ignoro tambien como muchas sustancias, dotadas de cualidades diversas, se convierten por la accion del estómago y de los intestinos en un fluido blanco y homogéneo, que se llama *quilo*; como la pulsacion de los vasos, la mezcla de la porcion mas animada del ayre que absorven los pulmones, la impresion de la vida en todos los órganos animalizan graduadamente este fluido, y le ponen en disposicion de reparar las pérdidas que sufren las partes sólidas, y de reemplazar los humores que se disipan por las funciones del cuerpo en el estado de salud; pero á pesar de ignorar esto, siempre me encuentro impelido por deseos automáticos á buscar los objetos que me pueden servir de alimento. Un gusto

constante me hace que apetezca los que siempre me han hecho provecho. Veo que los alimentos hacen en mí impresiones diferentes y que producen efectos distintos. Los unos ponen el vientre suelto, y los otros constreñido. Unos producen en nuestra existencia una sensación de quietud y de frescura, y otros, por lo contrario, aumentan el calor natural, dan mas actividad á todo el cuerpo é imprimen á cada parte, en un tiempo dado, mayor movimiento. Hay alimentos, que con poco que de ellos se coma, nutren lo bastante, y yo percibo menos lugar. Unas veces los digiero sin que conozca los fenómenos que acompañan esta elaboración, y otras produce una verdadera calentura. Hay muchos que no sostienen mis fuerzas si no uso de ellos en gran cantidad, y percibo tambien que la transformación de otra sustancia es mas ó menos lenta, y cuesta mas ó menos trabajo. Finalmente, veo que los alimentos pueden hacer

que toda la máquina viviente admita muchas modificaciones importantes, y veo que estas modificaciones no son las mismas en todos los individuos, ni en todos los casos, ni en todos los tiempos. Yo me comparo con los demás hombres, y hallo que entre los efectos que he observado en mí mismo, hay muchos que son comunes á toda la especie humana, y que los que me parecen ser particulares en mí dependen de mi edad, de mi temperamento, del clima en que vivo y del estado en que me encuentro cuando uso ciertas cosas. De la comparacion de mis ensayos con los de otro, de la combinacion de todas estas observaciones, y aun de la esperiencia del género humano, si es posible, saco reglas dietéticas tales, por egemplo, como las que debemos al genio de Hipócrates. Ahora pregunto yo al lector, si he seguido el camino que conduce á la verdad, y si las reglas que acabo de esponer estan fundadas en una sana lógica.

Los filósofos enemigos de la medicina dirian que no, los que recomiendan incesantemente que observemos los apetitos naturales, y que nos dejemos llevar por el efecto de los alimentos, y los que con tanta razon celebran el poder del régimen (1).

La medicina tiene las mismas

(1) Los enfermos se curan algunas veces sin médico; pero jamas sin medicina. Han hecho ciertas cosas y han evitado otras. Si se gobiernan por reglas, estas reglas son del arte, si han entregado ciegameute su salud á la fortuna, la fortuna les libra del peligro, pero es cuando se aproximan al proceder de una buena medicina; tanto en el régimen, como en el uso de los medicamentos se pueden seguir métodos útiles, y métodos perjudiciales; pero ambos prueban igualmente la sólidez del arte. Estos dañan porque se les emplea mal, y los otros aprovechan porque se hace un buen uso de ellos. Luego, siendo muy distinto lo que conviene de lo que no conviene, digo que el arte existe, porque si no existiese, se confundiria necesariamente lo nocivo con lo saludable.

bases que la dietética : los objetos de la observacion son del mismo género, y el modo de proceder para sacar de ellos conclusiones prácticas es absolutamente el mismo. El que vea en una de estas los caracteres de la certidumbre, no puede incluir á la otra entre las hipótesis, que solo son obra de la imaginacion. Aun digo mas: las pequeñas alteraciones que sobrevienen á un cuerpo sano, y los nuevos movimientos que produce diariamente el ejercicio de la vida, son mucho menos notables que las señales, por medio de las cuales conocemos las enfermedades, y es mucho mas facil comprobar la utilidad de los remedios que la de los alimentos; y la razon es, porque estos solo obran sin que lo percibamos y sin producir alteraciones muy notables, siendo asi que aquellos, mudando repentinamente el orden y el modo de los movimientos naturales, manifiestan su accion por síntomas siempre sensibles.

Aun pregunto, si las reglas de la

dietética no se deben á la medicina; ó supuesto que los observadores hubiesen principiado por estudiar los efectos de los alimentos, antes de pasar á conocer los de las enfermedades (cosa contraria á la esperiencia, y que se puede decir se aparta mucho del órden que las necesidades hicieron seguir al hombre en sus investigaciones), pregunto pues, si era natural contentarse con conservar la salud, en la que se piensa tan poco cuando uno la disfruta, sin acordarse de aliviar la enfermedad, que conduciéndonos incesantemente, por el efecto de tantas sensaciones desagradables, á observar sus causas y los medios que pueden disminuirla, nos obligue, á pesar nuestro, á buscar socorro en todo lo que nos rodea. Ciertamente que no sucedió así: mucho tiempo despues de haber observado los efectos que producian ciertas sustancias nutritivas en el estado de enfermedad, fué cuando advirtieron los hombres que debian observar

sistemáticamente los que producian en el estado de salud, ó al menos en el que de ella se aparta poco. En el primer caso eran notables sus efectos, por serlo tambien el mismo estado: en el segundo lo eran infinitamente menos por serlo tambien el estado. Los hechos mas notables fueron los primeros que se conocieron, y los otros se apercibieron mas tarde: tal es el órden natural.

Asi que la medicina precedió á la dietética, y la dietética solo es un producto, una parte de la medicina. Repito pues que los objetos de sus investigaciones son análogos, y muchas veces los mismos, y que sus resultados estan fundados en las mismas reglas del racionio. Ni la una tiene necesidad de conocer las causas de la digestion (1) para observar

(1) Las causas verdaderas de la digestion se contienen en las de la vida, y tanta dificultad hay en determinar las unas, como en determinar las otras.

los hechos peculiares á esta funcion, ni la otra necesita conocer las causas de la vida para observar los desarreglos que puede padecer su accion, y para conocer los medios que la hacen volver á entrar en el orden natural. Los fenómenos de la salud, los de las enfermedades, los efectos de los alimentos ó de los remedios, todas estas son cosas sujetas á nuestros sentidos, y de ellos tomamos los conocimientos necesarios para practicar el arte.

Luego se deduce de todo lo espuesto que la primera objecion es contraria á la verdad, y como la medicina no es la sola que ignora las causas, si esta objecion pudiera hacer que se la mirare como incierta y congetural, haria que se dudase tambien de los principios de casi todas las demas ciencias.

§. I V.

Examen de la segunda objecion.

Respondiendo á la primera objecion, respondo indirectamente á la segunda (1), que es la primera bajo distinta forma ó con otras palabras. Podia yo por otra parte preguntar, qué se entiende por la naturaleza y causas primarias de las enfermedades. De su naturaleza solo conocemos lo que nos manifiestan los hechos. Sabemos, por egemplo, que la calentura produce tales y tales alteraciones; ó por mejor decir, la conocemos por estas mismas alteraciones y por ellas solas sabemos que existe. Cuando un hombre tose, escupe sangre, respira con trabajo, tiene dolor en un

(1) Esta segunda objecion se dirige á manifestar que ignoramos la naturaleza, y las causas primarias de las enfermedades.

lado, el pulso mas veloz y duro , y el cutis mas caliente que en el estado natural , decimos que padece una pleuresia. Pero ¿ qué es una pleuresia? se responderá que es una enfermedad en la cual se hallan combinados todos ó casi todos estos accidentes. Si faltan uno ó muchos no es pleuresia, al menos no es la verdadera pleuresia que se enseña en las escuelas. Luego el concurso de estos accidentes es lo que la constituye; y la palabra *pleuresia* solo nos los presenta en la mente , como en compendio es un ente real pues, espresa una abstraccion del alma , y recuerda de un solo lineamiento todas las imágenes de un cuadro espacioso.

Así es, que cuando no contento alguno con conocer una enfermedad por lo que presenta á nuestra vista, por lo que la constituye, y sin lo cual no podria existir, me preguntase aun cuál es su naturaleza en sí misma y cuál su esencia ; es lo mismo que si me preguntase, cuál es la

naturaleza ó la esencia de una palabra de una pura abstraccion. De esto se infiere, que tendrán un juicio poco recto aquellos que digan con una especie de satisfaccion orgullosa, que los médicos ignoran aun la naturaleza de la calentura, y que incesantemente trabajan en una materia, ó manejan unos instrumentos, cuya esencia no conocen.

El vituperar á los médicos de que no conocen las causas primarias de las enfermedades es, á mi modo de pensar, una cuestion tan fácil de resolver como la precedente: ¿se entiende por esta palabra las causas que hacen que el hombre, en un caso dado, sea susceptible de una alteracion en las funciones vitales? Respondo que lo ignoramos absolutamente, puesto que son las mismas que aquellas, en virtud de las cuales vivimos. Pero si acaso se habla solamente de los hechos que tienen conexion con la enfermedad, que forman parte de su historia, y que

pueden darnos luces para curarla, respondo que estas causas estan sujetas á la observacion: podemos verlas ó tocarlas, y podemos conocerlas por medio de relaciones exactas, y como siempre producen ciertos fenómenos en la economía animal (porque sino los produgieran se despreñarían y serían inútiles) debemos buscarlas en estos mismos fenómenos, y debemos por consiguiente acostumbrarnos á conocerlas en sus mismos efectos.

Hubo entre los Griegos dos sectas que partieron entre sí por mucho tiempo el imperio de la Medicina, la de los dogmáticos y la de los empíricos. Pretendian los dogmáticos que el ignorar las causas, hacía que la Medicina fuese á tientas, y que por consiguiente todos los planes curativos establecidos sobre dicho principio pecaban en la incertidumbre. Como las enfermedades, decian, se diferencian por razon de sus causas, es absolutamente

necesario tener ideas claras de ellas, para aplicar con método los remedios. Los empíricos, por el contrario, defendían que no nos era dado conocer las causas, y que los hechos los hallábamos en nuestras investigaciones. Según la opinión de esta escuela no necesitamos saber mas que lo que constituye una parte de la enfermedad, y lo que podemos aprender por medio de la observacion ó de una descripción completa.

Cuando llaman á uno, decían los dogmáticos, para un hombre que ha sido mordido por un perro, pregunta al instante si el perro estaba ó no rabioso, porque en estos dos casos debia ser diferente el plan curativo; luego es muy conducente, cuando no necesario, elevarnos á la causa de la enfermedad. Es cierto, respondían los empíricos, que no debia ser indiferente el que el perro que mordió estuviese rabioso, ó no lo estuviese; pero aquí no se trata de causas: este caso es un simple hecho

que tiene una conexi6n esencial con la historia de la enfermedad, y sin la cual dicha historia seria incompleta.

Claro está que esta cuesti6n era cuesti6n de nombre, y que ambas sectas tenian razon en el sentido que cada una se explicaba. El sentido en que hablaban los empíricos juzgo que era el mas correcto, y el de los dogmáticos el mas recibido en el language comun.

Pero  hasta qué punto debiamos llegar investigando causas, comprendiendo bajo esta denominaci6n general las causas que los antiguos llamaban ocultas, y las que distinguian con el dictado de evidentes? La respuesta es fácil, y es una clara consecuencia de lo que precede. Las causas, cuyo conocimiento es necesario para completar la historia de la enfermedad, 6 que exigen modificaciones en el método curativo, se manifiestan, ya por sí mismas, ya por los efectos que producen, pues

que todas son obgetos de observacion. Seria peligroso el ignorarlas, y siempre nos hallamos en estado de descubrirlas; pero en quanto á las demas debemos permanecer en la indiferencia mas invencible, y no salir de este axioma fundamental: "que quanto mas se resisten á nuestras investigaciones, tanto menos nos importa conocerlas." Perdónense-me algunas repeticiones. Procuro ser breve; pero sin faltar á la claridad, que es lo mas necesario; y ciertamente cuando se examinan sucesivamente diversas obgecciones que no son en sustancia mas que una misma, se ve uno obligado á repetir mas de una vez la verdad comun que las refuta á todas igualmente.

§. V.

Examen de la tercera objeccion.

Todo médico que haya reflexionado acerca de las verdaderas difi-

cultades que tiene su arte, confesará ciertamente que la tercera objecion está apoyada en mejores pruebas que las dos anteriores (1). Las enfermedades son muy varias y admiten infinitas complicaciones. La edad, el sexo, el clima, la estacion, el carácter de la epidemia reinante, aun hasta aquellas circunstancias que en cierto modo parecen despreciables, todo puede modificarlas de mil maneras, dar un nuevo aspecto á los fenómenos, colocarlos en un nuevo orden de sucesion ó de equilibrio recíproco, y hacer que las crisis terminen de distinto modo. La semeyótica ó el arte de conocer los diferentes estados de la economía animal por las señales que los caracterizan, es sin duda la parte mas difícil y

(1) Se dirige la tercera objecion á probar lo difícil que es tener exactas ideas de las enfermedades, y de asegurarse de la eficacia de los remedios.

tambien la mas importante de la Medicina. A cada instante nos vemos en la precision de admitir escepciones en las reglas que creíamos nos servirian de guia. No tenemos principios fijos para aplicarlas, ni para formar los planes curativos que de ellas se deriban; de modo que á escepcion de algunos principios muy generales, y por consiguiente poco adecuados para ilustrarnos en la descripcion de cada circunstancia particular, parece que la ciencia teórica de un médico es ninguna á la cabecera de los enfermos, y que toda su ciencia práctica se reduce á una especie de instinto perfeccionado por el hábito. Con efecto, solo identificándose, por decirlo así, con el ente que padece, asociándose á sus dolores por la vivacidad de una imaginacion sensible, ve de una ojeada la enfermedad, y conoce de una vez todos sus caractéres, porque de este modo es como participa hasta cierto punto de todas las impresiones, y

este instinto le hace en parte sentir de antemano mas bien que preveer la utilidad de ciertos remedios, cuyos efectos le son algun tanto conocidos. He aquí sin duda un modo de proceder poco fiel y seguro. A la verdad que este método no es el del géometra ó el del calculador, ni aun segun lo que parece á primera vista el del lógico severo que va paso á paso y de proposicion en proposicion. Ademas si en las ciencias matemáticas la menor falta de exactitud en cuanto á la construccion, ó en cuanto al uso de las fórmulas, lleva á uno á las mas falsas consecuencias, ¿podriamos evitar constantemente el error en un arte, en el que los resultados solo tienen conexion con la gran delicadez de los órganos, y en el que las mejores ideas que se han adquirido son mucho menos racionios que inspiraciones? Dificil es sin duda responder á esta objecion; pero no imposible; al menos yo lo creo así.

Con efecto, no creo imposible el que formemos una idea justa de las modificaciones que admiten las enfermedades, ni que conozcamos qué circunstancias las han producido, ni cuál es el mejor modo de describirlas; porque si no ¿cómo se las ha previsto? ¿cómo nos hemos asegurado de que existian? ¿cómo nos hemos elevado á su origen? quiero decir, ¿cómo se ha sabido que tal ó tal circunstancia las ha podido producir? ¿No debemos estos primeros é importantes pasos á la observacion? ¿y qué dificultad hay en que la observacion acabe lo que ha principiado? ¿y por qué con su auxilio no podiamos llegar á reducir á un sistema estas diferentes séries de hechos que se admiten ya, como distintas entre sí, solo porque algunas veces se las ha podido realmente distinguir?

Creemos que las enfermedades se diferencian por sus causas en atencion á que no las vemos diferenciar-se por sus fenómenos. Si sus fenóme-

nos fuesen los mismos; si todas se curasen por las mismas crisis ó por los mismos remedios, ¿quién hubiera pensado jamas que muchas y muy diversas circunstancias pueden, cada una á su modo, influir en ellas y modificarlas? No se puede sospechar que haya causas donde no hay efectos, ó por mejor decir, estos no pueden existir sin que existan aquellas.

La observacion nos hace que percibamos diferencias entre las enfermedades, ó nos hace ver que estas diferencias siguen ciertas leyes, así como todos los fenómenos de la naturaleza, y que las alteraciones producidas por las enfermedades en el estado de los cuerpos animados tienen relaciones regulares con ciertos hechos anteriores ó presentes. Luego podemos determinar estas relaciones ó, lo que es lo mismo, el enlace de los efectos con lo que se llama sus causas, porque podemos saber, cuando vemos un hecho, que le ha precedido tambien otro. Lue-

go la observacion nos hace conocer si el uno depende del otro, si le sigue ó si le acompaña, y recíprocamente, cuando se nos manifiesta la causa, preveemos sin dificultad el efecto que debe seguirla. Luego la observacion puede estimar en algo la influencia de todas las circunstancias que forman ó construyen entre sí una verdadera: puede reducir á reglas fijas este conocimiento, hacerle mas exacto por el método, y mas presente al alma por el hábito, de recordarle cada instante y de hacer de él algunas aplicaciones.

Digo, que la observacion puede hacer algunas aplicaciones, debiendo decir que las ha hecho. Recorranse sin preocupacion las tareas de los verdaderos intérpretes de la naturaleza, quiero decir, de aquellos que describen los hechos con sencillez, de aquellos que solo los reducen á reglas generales, ó los recopilan en algun modo compendiosamente, sin que jamas hayan violentado ni

disfrazado el sentido. Véase bajo qué punto de vista han observado, reunido, distinguido y clasificado las enfermedades, ya según los fenómenos que presentan, ya según las causas que las modifican. Examínense, por ejemplo, en lo que toca á epidemias las investigaciones y las ideas de Hipócrates, de Balonio, de Sidenham, de Ramazzini, de Dehaen, de Stork, de Stoll &c. &c.

¿ Pero qué digo ? solo los escritos de Hipócrates son suficientes para que podamos decidir en esta materia. Recórranse, pues, sus admirables escritos sobre las enfermedades de las edades, de los sexos, de los climas y de las estaciones; compárense con la naturaleza tal como se presenta cada día al diligente observador; y me atrevo á asegurar que la Medicina no debe temer el que se haga semejante examen; porque la favorecerás tanto mas, cuanto seas mas reflexionado, mas juicioso, mas imparcial y severo.

Los objetos pasan como en tropel por delante de los ojos del hombre, y hieren sus sentidos por sus diferencias y por sus relaciones de analogía ó de pariedad; aprende á conocerlos comparándolos entre sí y consigo, y comparándose él con ellos, aprende á conocerse á sí mismo. Sino los viera mas que aislados, esto es, sin las relaciones que él puede tener con ellos, y sin las relaciones que pueden tener entre sí respecto de él, sin duda no conoceria ninguno. Si no percibiera nada fuera de él, y si no pudiera compararse con nada, ignoraria siempre si existia, ó por mejor decir no existiria, porque ninguna impresion estraña le advertiria que existia (1). Luego no puede formarse una idea de su propia existencia

(1) Admitida esta hipótesis, serian en breve nulas las impresiones que resultan directamente del juego de la vida, el hábito borraría bien pronto su sensacion y el hombre cesaria de percibirlas.



sin concebir al mismo tiempo los objetos que se le hacen conocer. La naturaleza ha querido, pues, que el origen de nuestros conocimientos fuese el mismo que el de nuestra vida. Para vivir se necesita recibir impresiones, y se necesita tambien recibir impresiones para conocer; y como la necesidad de conocer los objetos es siempre en razon directa de la accion que egercen sobre nosotros, se sigue inmediatamente que los medios por donde podemos instruirnos estan siempre en proporcion con nuestras necesidades. Este principio innegable es mucho mas verdadero cuando le aplicamos á materias, que son del dominio de la Medicina, en especial cuando pertenecen al punto que ahora controvertimos. Con efecto, poco nos importa conocer las modificaciones de las enfermedades, y si algo nos interesa, es porque desfiguran sus fenómenos: pero por esto mismo se hacen mas notables, y son tan distintas sus descripciones, quanto es mas

esencial no confundirlas.

¿Pero la variedad de las enfermedades, y sus complicaciones no se oponen absolutamente á que podamos tener de ellas ideas completas? ¿La cabeza mas capaz, y la memoria mas feliz puede tener presente á un mismo tiempo tantas y tan diversas ideas? Seguramente que para que se queden impresas en la memoria, se necesita reducirlas á cierto número de principios generales, y esta es la causa de que no podamos evitar de ningun modo el admitir un sistema, considerando como esposicion metódica. Pero se han conocido que las clasificaciones arbitrarias y hechas antes de tener las ideas suficientes, conducen á mil errores y estos podrian acarrear daños notables, mas en la Medicina, que en las demas ciencias. Por esto los mejores autores han opinado que se necesitaba observar aun mucho tiempo cada enfermedad, como si fuese un ente individual distinto de otro qualquiera.

ra, y que era necesario repetir y multiplicar las observaciones y los ensayos antes de establecer axiomas generales, aplicables á todos los casos. Han dicho, por egemplo, que era un absurdo el denominar con el dictado comun de *phtisis* á otras enfermedades que se diferencian absolutamente unas de otras, ya por sus circunstancias determinantes, ya por sus fenómenos, ya por el método curativo que exigen, que tal vez no habrá dos *phtisis* del todo semejantes, y que por consiguiente nos debiamos limitar á describir cada una en particular con su carácter y con sus fenómenos privativos. Finalmente, han defendido hombres de gran mérito que el empirismo exento no solo de toda hipótesis, sino tambien del método demasiado general de reunir hechos ó de describir las indicaciones de los remedios, es el solo que puede ponernos en el verdadero camino de hacer descubrimientos útiles.

Los nosólogos tales como Sauvages, Línneo, Sagar, Vogel y el mismo Cullen, reduciendo todas las enfermedades á ciertas divisiones principales, distribuyéndolas por familias, asi como los botánicos distribuyen las plantas, han hecho tablas, mas al propósito para aliviar la memoria de un bachiller que defiende unas conclusiones, que para hacer ver al práctico, cual es el orden en que debe colocar sus conocimientos y arreglar sus planes curativos. Cuando han querido decirlo todo, se han perdido en minuciosas frivolidades, y han multiplicado casi hasta el infinito las familias y las especies, y cuanto mas hubieran perfeccionado este plan, tanto mas se hubieran aproximado á las simples descripciones individuales. Cuando han querido, como Cullen, no dar á una misma cosa dos lugares distintos, ni hacer caso de las enfermedades sintomáticas ó disfrazadas, cuyo método curativo debe ser distinto que el

de la enfermedad que imitan , han dejado en sus sistemas vacíos muy considerables, y se han visto en la precision de mirar como accidentales una multitud de observaciones preciosas. En sus manos se ha enco- gido el arte, en vez de estenderse. Reduciéndolo todo á ideas muy ge- nerales, y esperando llenar por este medio los vacíos que se hallan aun en el mas completo conjunto de he- chos médicos, han apartado á los lec- tores del verdadero camino de la ob- servacion, y de aquí se ha origina- do que la práctica que resulta de su modo de considerar la economía ani- mal, es casi siempre mezquina, dé- bil y aun muchas veces errónea.

Pero si fuese cierto que cada en- fermedad se diferenciase esencial- mente de todas las demas, si no pu- dieramos valernos de ninguna regla general para observarlas, sino pu- dieramos saber el modo de preveer su curso y sus crisis, ni de apropiar- las un método curativo, y razonado

y seguro, es evidente que no podríamos formarnos una idea exacta y completa de esta enfermedad sino cuando hubiera pasado por todos sus períodos, y solo entonces se pudiera dar á los enfermos auxilios dirigidos por indicaciones evidentes y acertadas: y esto sucederia despues de muerto el enfermo. Pero está muy lejos de obtener este resultado los que son acérrimos adversarios de los sistemas nosológicos. Todo lo contrario, el empirismo que estos profesan da grande poder á la Medicina: solo ellos son los que manejan con atrevimiento los mas grandes remedios, los que fijan mas su atencion en la naturaleza, y los que apartando á un lado todas las hipótesis fútiles y aun peligrosas, por las cuales está la práctica debilitada y corrompida, recogen los mejores frutos de la aplicación prudente y laboriosa que hacen todos los dias de sus remedios muy enérgicos. Luego hay reglas que las dirijan, porque sin ellas ¿cómo

se habían de atrever á pronosticar, que el mercurio detendrá los estragos de una úlcera venerea, y que la quina cortará la accesion de una calentura pertinaz ?

Por otra parte, sería un grande error el creer que los nosologistas, y sus mas acérrimos partidarios egercen su practica siguiendo estas clasificaciones ingeniosas, aunque algun tanto falaces. La observacion de las enfermedades hace que se disgusten pronto de un orden facticio, cuya aplicacion á la practica sería en ocasiones imposibles, casi siempre embarazosa, y muchas veces arriesgada. ¿Pues qué es lo que sucede ? que el clasificador y el filósofo empírico, cuando á ambos asiste talento, siguen unos caminos no tan diferentes como se podia presumir, porque la naturaleza los lleva á los dos de la mano. Ella es la que les presenta los objetos con sus verdaderos colores, los imprime en su memoria con caracteres sensibles y los clasifica segun la ana-

logía ó la semejanza real que tienen entre sí, y finalmente les recopila muchas veces y casi sin que lo perciban las generalidades fundamentales que deben servirles de guía. Este método de la naturaleza es tan simple como estenso y fecundo, y hallamos señales de él en los escritos de todos los buenos prácticos, y solo por él han merecido semejante dictado. Es cierto que la mayor parte le han seguido solo por un feliz instinto; pero cuando se leen sus obras conoce uno en cada página que á él le son deudores de todos sus aciertos.

Sin embargo sería temeridad el pensar que tan grandes talentos, que seguían este método nunca le conocieron. Pero aunque las hipótesis más erróneas nos ofrecen algunos preciosos rastros de él, á los que acaso han debido su celebridad efémera, nadie que yo sepa le ha presentado en su grado total de exactitud y de complemento. Yo no obstante probaré indicar su mecanismo, ínterin

le espongo mas circunstanciadamente en una tabla general de nosología, de materia médica y de terapeutica, á la cual servirá de basa comun este método.

Considerando las enfermedades por razon de sus causas, ó por sus circunstancias determinantes, ó por la conexión, relaciones y gravedad de sus síntomas, quiero decir, considerándolas en su conjunto, y baxo todos sus puntos de vista, nunca se asemejan una á otra. Dos resfriados, dos simples calenturas efiméras no pueden ser exactamente las mismas. Hay siempre en ellas asi como en las fisonomías mas semejantes en la apariencia, rasgos ó variaciones que las distinguen. Luego debiendo las menores modificaciones de su carácter, obligarnos á hacer otras análogas en la curacion, es muy importante estudiar cada caso separadamente, á fin de sacar de la combinación ó de la dependencia natural de sus diversos fenómenos, un

plan juicioso que nos dirija, así como buscamos la significacion de un enigma en cada una, en el conjunto y en las relaciones mutuas de las proposiciones que la componen. Para graduar, pues, una enfermedad como es debido se necesita saber el justo valor de los diferentes fenómenos que presenta, y además, si no se han desnaturalizado en cada nueva combinacion, de modo que resistan á la eficacia de los remedios, con los que se les ha combatido utilmente, ya cuando existian solos, ya cuando se nos presentaron en otras combinaciones; porque debemos convenir que entonces, procediendo de otro modo seria hacer que la Medicina andubiese á la ventura y sin brújula en un mar desconocido.

Quando los hombres óbservan por primera vez un fenómeno, se hacen cargo de sus circunstancias mas notables, y las comparan entre sí colocando en la misma línea

las que tienen entre sí algunas relaciones. Despues perciben por medio de nuevas observaciones, nuevos hechos mas manifiestos, ó menos importantes, y que tambien se encuentran enlazados entre sí por relaciones análogas. A poco se conoce que unos y otros pueden tener diversas graduaciones y estar diversamente combinados y variados; y que finalmente en todos los objetos de nuestras investigaciones se forman de un corto número de hechos ó de fenómenos menos comunes todos los demas hechos particulares por admirable que sea su muchedumbre. Asi es, que ya en el canto, ya en el habla, con pocos sonidos hay bastante para pintar todas las afecciones del alma; y del mismo modo los medios tan simples por los que los órganos de la boca convierten en un language determinado los sonidos que forma la laringe, dan á la espresion del sentido la exactitud del pensamiento,

porque todas las modificaciones á que los gramáticos llaman consonantes, se reducen á muy pocas. Por este medio muy pocos signos bastan para determinar en escrito la riqueza de los diferentes idiomas ó las ilusiones de la mas sabia música.

Los antiguos históricos tuvieron bastante cuidado con lo que puede seducir, conmover, ó persuadir en el discurso, en las imaginaciones y en la forma del raciocinio; y por este medio conocieron bien pronto que estas hermosuras, ó por mejor decir los medios por los cuales se producen no son tan diferentes como desde luego parece que debian serlo, y que reuniendo baxo el mismo título los que se semejan se pueden reducir todos á un corto número de generalidades ó de resultados comunes. Y asi, estos resultados ó las reglas que en sí contienen son como los resortes secretos y mágicos de la elocuencia y de la poesía; pero ciertamente

no egercen su poder sino en las manos de los encantadores.

Todas las observaciones anteriores se aplican igualmente á los fenómenos que presenta la observacion de las enfermedades. A cada caso nuevo se los consideraria desde luego como nuevos hechos, pero en realidad no son mas que otras combinaciones y otras variaciones. En el estado patológico solo hay un corto número de fenómenos principales, porque los demas son el producto de su combinacion y de sus diferentes grados de intensidad. El orden con que se presentan, su importancia y sus diversas relaciones son suficientes para producir todas las variedades de las enfermedades. Si partimos desde el dolor mas leve hasta el mas insoportable, desde la menor incomodidad, hasta la enfermedad mas complicada, y desde la calentura efémera, hasta las pestilenciales, siempre se observarán las mismas formas, los mismos linea-

mentos y los mismos colores generales de la union de estos, de su oposicion ó combinacion, de su correspondencia, ó de sus contrastes; produce la naturaleza aquella multitud de cuadros tan diferentes vista; los unos de los otros á primera no de otro modo que sabe el arte, como lo acabamos de ver, presentar á nuestra vista por medio de una cortísima cantidad de signos, las obras maestras del genio músico y todas las maravillas del language.

Este método sintomático es obra de la misma naturaleza, porque no tiene nada de lo arbitrario que es privativo de los métodos facticios: simplifica la observacion de las enfermedades, su historia y sus planes curativos. Es cierto que no nos exime de estudiar el genio peculiar de las que solo se pueden curar por un medio, ni de indagar los efectos particulares de los remedios específicos, que por decirlo de paso, son menos

numerosos que lo que se piensa, pero alivia la memoria sin extraviar el juicio y no tan solo es una guia segura en la práctica de la Medicina, sino tambien un medio natural para unir unos con otros sus conocimientos. Cuanto mas nos apartamos de él, mas nos perdemos, y cuanto mas escrupulosamente le sigamos, lograremos mejores resultados. He aqui lo que cada dia nos enseña la experiencia y el leer con reflexion los escritores prácticos de todos los siglos.

La tercera objecion, pues, aunque mas especiosa que las precedentes, no puede todavía sufrir un examen escrupuloso.

§. VI.

Examen de la cuarta objecion.

No me detendré mucho en resolver esta objecion, porque no merece una discusion circunstanciada. Con efecto, ¿qué necesidad hay de cono-

cer la naturaleza de los remedios para observar las alteraciones que producen en el cuerpo? Tampoco se conoce la de los alimentos, y sin embargo se ha comprobado tambien que son diferentes sus efectos, segun las circunstancias en que se halla el que los toma y segun el modo con que los usa; y de una larga serie de experiencias se han sacado las reglas dietéticas fundadas en todas las bases de las certidumbres humanas: pero si esto se ha hecho con los alimentos ¿qué inconveniente hay para hacer lo mismo tocante á la accion y al uso de los remedios? Nos es ciertamente inútil saber cual es la naturaleza (1) de la quina para conocer su eficacia, para curar las calenturas intermitentes, y cuál la del antimo-

(1) Se pudiera preguntar á los de la Medicina, qué es lo que entienden por esta *naturaleza de los remedios*, que no se conoce: embarazoso les sería el responder categóricamente á la pregunta.

nio ó del mercurio para asegurarnos que mediante ciertas combinaciones, el uno hace vomitar, y el otro baxo diferentes formas, cura las enfermedades venereas (1). Los repetidos ensayos pueden enseñarnos que un remedio produce tal efecto, en tal caso, y con tal condicion, y que en

(1) No debemos sacar todas las reglas de práctica de una serie de racionios anteriores á la accion de los remedios por probables que puedan ser, sino de la experiencia dirigida por la razon. El juicio es una especie de memoria que reune y coordina todas las impresiones recibidas por los sentidos, porque antes que se forme una idea, ha pasado por los sentidos todo lo que debe formarla y ellos son los que suministran los materiales al entendimiento..... HIPÓCRATES.

He aqui lo que despues dixo Aristóteles en este axioma tan celebrado entre los modernos, y tambien aclarado en los escritos de Loche, de Helvecio, de Bonnet y de Condillac: *Nihil est intellectu, quod prius non fuerit insensu*. Pero Hipócrates espone en algun modo lo que Aristóteles no hace mas que indicar.

otros casos es su efecto diferente ó contrario y que modificándole y combinándole con algunos otros remedios se obtienen aun nuevos resultados. La observacion es la que nos enseña todo esto ; y aun cuando conociéramos la naturaleza íntima del remedio no por eso serían mas ciertos ni estarían mejor unidos entre sí los hechos notados al experimentarle. Luego para que procedamos con seguridad en toda ciencia experimental , no necesitamos otra cosa mas que comprobar los hechos , darlos en la mente , en cuanto sea posible , el mismo orden y las mismas relaciones que tienen en la naturaleza , no sacando de ellos sino las consecuencias que inmediatamente se deducen.

Examen de la quinta objecion.

En la quinta objecion se alegan las dificultades que ofrece el arte, que aunque en realidad existen, con todo no son insuperables. Hipócrates dixo con la energía y laconismo que le caracterizaban: "La vida es »corta, el arte largo, la ocasion fugitiva, la experiencia peligrosa y »el juicio difícil." La experiencia es peligrosa, lo concedo. Si hay alguna cosa que exija todas las eminentes cualidades del alma, es sin duda la de sacar justas indicaciones de los síntomas de una enfermedad, de observar los efectos de los remedios y de establecer algunas reglas: siguiendo las generales se los puede emplear con seguridad. Pero no porque se diga que un arte es difícil, se ha de decir que no existe, pues implícitamente se dice lo contrario.

El mismo Hipócrates hace con este motivo en su tratado de la *Medicina primitiva* una observacion muy juiciosa , y que segun me parece reduce la cuestion á sus verdaderos términos. “ Si la Medicina , dice , no „fuera un arte como los demas , no „habria ni malos ni buenos Médicos , „porque ó todos indistintamente ha- „bian de ser buenos , ó por mejor de- „cir , habian de ser malos.” Con efecto , solo puede haber diferencia entre los que cultivan un arte , cuando las reglas de este arte estan en la misma naturaleza porque únicamente entonces es cuando unos pueden saberlas y otros ignorarlas. Cuando las reglas no existen en la naturaleza , ninguno las conoce.

Sería necesario hacer repeticiones fastidiosas si respondiésemos circunstanciadamente á cada una de las partes de esta quinta objecion , porque en este discurso se ha reputado muchas veces indirectamente bajo todos sus puntos de vista. Cuando ex-

puse el modo con que se forma el conjunto de nuestros conocimientos, indiqué los medios que teníamos para principiarlos á adquirir, y manifesté su relacion constante con nuestras necesidades: creo que con lo dicho he dado la solucion completa, no solo de la cuestion presente, sino tambien de otras muchas subsidiarias con quien tienen connexion.

Pero sin que procuremos probar ademas que fueron impelidos los hombres por una necesidad muy dominante á estudiar la Medicina, que todos sus objetos pueden estar subordinados á los sentidos, y que sus principios resultan directamente de los hechos reunidos por la experiencia, suplico al lector que antes de pronunciar nada contra la Medicina, en virtud de las dificultades que presenta el aplicar estos principios, ó de las dudas con que se han obscurecido sus consecuencias, juzgúe si sería conducente examinar

si las demas artes son en efecto susceptibles de aquel método conciso y matemático y de aquella certidumbre rigurosa que se dice no presenta.

El hombre mas incapaz con las tablas de logaritmos hace cálculos, cuyo mecanismo ignora absolutamente: para lo que hace no necesita ingenio, ni conocimientos, ni reflexion: el acertar con el cálculo no depende nunca del talento; pues solo se requiere conocer la fórmula. Cuando se dice que son inciertos los principios de nuestro arte, se quiere dar á entender en esto que no tienen este género de certidumbre? Cuando se dice que son de una aplicacion difícil, ¿se quiere dar á entender que para que sea feliz su aplicacion no es bastante colocar los datos del problema al lado de una tabla que nos presenta su resolucion? Estoy muy distante de pensar que el conocimiento particular de las enfermedades ó el del efecto de los remedios pueda obtener aquel grado de exac-

titud que caracteriza la certidumbre del cálculo : y mucho menos pretendiendo que el pronóstico sea susceptible de esta misma exactitud, que en algun modo es puramente intelectual. Todo lo que tiene conexion con la práctica de la Medicina exige seguramente muchas operaciones de distinto género que aquella por cuya egecucion basta solo una simple fórmula. Ni los inventores que abrieron los primeros caminos, ni los ingenios filosóficos que cuidaron de arreglar sus observaciones en un cuerpo de doctrina, á pesar de sus importantes tareas de que les somos deudores, no pueden verdaderamente hacer otra cosa que dirigir al práctico en sus investigaciones, circunscribir mejor los objetos á sus ojos, consolidar su experiencia con la de los siglos precedentes, y para aprovecharse bien de sus resultados, necesita tal vez tanto talento como el que necesitaron los primeros inventores.

Pero ¿cuáles son las artes que

no exigen talento ni esfuerzos? ¿Hay acaso una en la que se calcule de antemano el buen éxito? Phidias principia una estatua, está penetrado de las hermosuras sublimes con que piensa adornarla; sin embargo no está enteramente seguro de que egecutará lo que ha concebido. Homero bosquejando un poema épico, Racine trazando el plan de una tragedia. Pergolese, Sachini, Paësiello, Mozart, y Mehul combinando los efectos que deben producir las felices y sábias reuniones de los sonidos, no están seguros de que harán una obra exquisita. El buen éxito que han logrado otras veces sus grandes talentos y su mayor asiduidad en trabajar no pueden hacer que salgan garantes de lo que egecutarán, porque hay una multitud de circunstancias que les pueden echar por tierra sus mas bellas ideas y sus esperanzas mejor fundadas. La agricultura es un arte: tiene en la naturaleza las reglas que ó es-

tan ya descubiertas, ó se procuran descubrir, y á dichas reglas las amplifica y perfecciona cada dia la experiencia. Es un arte, volviendo á la definicion de Hipócrates, porque hay personas que cultivan bien la tierra y otros que la cultivan mal. El labrador mas hábil despues de haber preparado su campo, se determina en virtud de su experiencia á echar sus semillas en él. Se vale de todas las precauciones y de todos los medios que ha juzgado útiles en iguales circunstancias, y todas las probabilidades le prometen una buena cosecha. No cabe duda en que dentro de cierto número de años, serán mas sus frutos que los de su vecino negligente y sin instruccion; pero si hiciéramos una apuesta en favor suyo de que seria mejor su cosecha en un año determinado, v. gr. en el que suponemos ha redoblado sus esfuerzos, no nos fundariamos mas que en verisimilitudes, porque ¿quién saldría fiador de que el hielo, el gra-

nizo ú otros desatres no arrasasen todos los frutos de sus precauciones y de sus trabajos? En el mismo caso justamente se halla el médico. Conoce lo enfermedad, hace nacer la ocasion oportuna, ó se aprovecha de ella, y prescribe el remedio. Desde aquel instante se debe considerar la curación como entregada al acaso, quiero decir, como dependiente de una multitud de nuevas circunstancias, cuyos efectos accidentales no pueden sujetarse á un cálculo exacto.

Pero aunque sea rigurosamente posible que ni un emético escite el vómito, ni que un catártico purgue cuando empleó estos remedios en un caso que los exige en las dosis, y son las precauciones necesarias; no por eso estoy menos seguro de que producirán el efecto que deseo: en realidad no tengo una certidumbre matemática; pero tengo todas las certidumbres morales, y los hombres estan obligados á contentarse con estas, para dirigirse por ellas durante su

vida, y con ellas tienen bastante por la razon de que son las solas que la naturaleza permite en la práctica ó en la aplicacion del raciocinio á lo positivo de los hechos.

Entre los escritores que han atacado con mas fuerza á la Medicina con argumentos ó sarcasmos, se cuentan (es preciso confesarlo) muchos observadores, muchos filósofos dignos de ser colocados en la clase de los principales bienhechores de la humanidad, por haber contribuido á disminuir preocupaciones funestas: ocupados en el noble proyecto de hacer que el entendimiento humano tomase un rumbo mas seguro, y de perfeccionar todas las ciencias, han perseguido por todas partes, las ideas vagas ó falsas con la antorcha de la crítica en la mano. No hay que dudarle: si han tratado á nuestro arte haciéndole poco favor, ha sido porque le consideraban como una verdadera supersticion, y si han querido destruir las ideas que de su po-

der se habian formado en todos tiempos las gentes, fué porque no las juzgaban útiles mas que para aumentar la credulidad publica, y para favorecer aquella fatal disposicion de nuestra alma que la hace obrar muchas veces sin motivo, ó guiada de las mas vagas ideas. Pero no han querido conocer que conmoviendo sus bases, hacian vacilar las de casi todas las ciencias usuales. Los principios en que estriva la Medicina son mas ciertos que los de la moral (cuidado, que no se habla de la cristiana), cuya perfeccion era el objeto principal de las tareas de aquellos sabios; yo me explicaré.

Las causas de los movimientos físicos son mucho mas regulares y mas constantes en su accion que las determinaciones morales. Las señales de las enfermedades son mas evidentes, menos variables, y mas fáciles de observar que las señales de las afecciones del alma. El efecto de las sustancias que se pueden aplicar

al cuerpo es mas inmediato, mas seguro y mas fácil de comprobar, que el del régimen y de los remedios morales, quiero decir, que el objeto de las leyes de la instruccion ó de las costumbres. Siempre será mas fácil formarse una regla para imitar en los casos análogos las curas del primer género, que para repetir las del segundo. Aun añadido, que la correspondencia íntima que hay entre lo físico y lo moral, y la dependencia de las ideas ó de las pasiones relativamente al estado de los órganos y á la naturaleza de las impresiones que reciben, impiden el que pueda establecerse una moral sólida sin el auxilio de los conocimientos fisiológicos y médicos, y para formar el moralista sus planes curativos, ó sus lecciones prácticas debería casi siempre dirigirse al médico. Muchas veces no son racionios, exhortaciones, ni amenazas sino un régimen conveniente y remedios adecuados los que se deben usar para poner al hombre

en la senda de la sabiduría y de la virtud. Y si queremos dar á estas ideas mas estension, diré que asi como hay una educacion pública para fortificar el alma, debia haber otra para fortificar el cuerpo, asi como hay una para arreglar las costumbres morales, debia haber otra para arreglar las costumbres físicas, y así como empieza por corregir las pasiones, debería empezar tambien por corregir los temperamentos.

Como despues se ha de establecer la discusion acerca de las dificultades que ofrece la práctica de la Medicina, dificultades de las que nadie, me atrevo á asegurarlo, siente mas su peso que yo mismo, no diré por ahora nada de ellas.

Si se añadiera por último, que hay en los planes curativos de las enfermedades una infinidad de dudas, y que muchas de estas enfermedades son incurables (1) segun el estado ac-

(1) Una enfermedad solo es incurable

tual de nuestros conocimientos, la concedería sin repugnancia. Aun no se ha aclarado todo. Son inútiles por desgracia nuestra todos los remedios que se conocen para combatir muchas alteraciones morbíficas, que han llegado á cierto grado, y muchas que

porque no tenemos en las manos los medios ó los instrumentos necesarios para curarla. Este vicio de la Medicina, si acaso lo es, no le es privativo pues es comun á todas las artes. El herrero no puede trabajar sin fragua, sin martillo y sin yunque; ni el piloto navegar sin timon, sin velas ó sin remos. ¿Se sigue de esto que el hombre no sepa trabajar los metales, ni viajar por el mar? Cuando el médico no tiene tiempo de conocer todos los caracteres de la enfermedad, cuando no conoce del todo los que la son distintivos, y cuando no se le alcanza qué remedios seran eficaces, en tal caso se debe decir que le faltan los instrumentos de su arte; pero no por esto se ha de declamar contra la existencia real, contra los principios y contra la utilidad del mismo arte..... VEASE Á HIPÓCRATES.

se hacen mortales solo por su duracion. Pero pregunto, ¿ algunas dudas aisladas pueden hacer vacilar un enlace de certidumbres? porque haya algunas enfermedades incurables ¿ nos debemos negar á poner remedio en las que se pueden curar? El tiempo y un trabajo infatigable nos descubrirán por fin verdades que la naturaleza nos oculta aun, darán un juicio definitivo en puntos contenciosos, y quien sabe si tal vez nos enseñarán los medios, por los cuales podamos suspender ó mudar los movimientos irregulares de la economía animal sin ninguna escepcion. Esperando esto, aprovechémonos de las verdades que nos son conocidas, seamos rigurosos escépticos en todo lo que no sea cierto, y esforcémonos incesantemente en estender los límites de un arte que es tan precioso á la humanidad; y si hay objetos que se resisten á nuestras investigaciones, tengamos presente que está resuelto un problema, cuando uno

esta bien seguro de que no se puede resolver.

§. VIII.

Examen de la sexta objecion.

La sexta objecion es mucho mas fácil de entender que las anteriores: hace generalmente una grande impresion, y es fácil conocer que debe ser así.

Los escritores médicos estan divididos acerca de los principios; y los prácticos lo estan acerca de los planes curativos. Se ve que los sistemas estan destruidos unos por otros, y que se suceden con rapidez y se ve al mismo tiempo que los métodos curativos sufren estas mismas alteraciones. Al menos esto es lo que creemos ver á la primera ojeada, cuando se comparan entre sí las opiniones y relaciones de las diferentes sectas. Si hubiera algunos artistas que no estuviesen acordes ni sobre las gene-

ralidades fundamentales de su arte, ni sobre el método de hacer de él alguna aplicacion, debemos convenir en que podrian inspirar desconfianza á los jueces poco crédulos. Si es cierto que cuando Hipócrates decia *que sí*, Galeno decia *que no*, ¿dejarémos de tener cierto derecho para sospechar que las reglas de que se valen para juzgar y observar no tienen ninguna base que pueda ser comun á los buenos ingenios, y que segun las apariencias son de ambas partes fútiles y vanas? Hay pocas personas instruidas entre las que no se hayan suscitado alguna dudas de resultas de la primera consideracion, y tambien hay pocos médicos, á lo menos entre los que tienen por costumbre ilustrar su entendimiento y su juicio, y cuidar no se estravien, que al principiar su carrera no se hayan retirado amedrentados al ver la aflictiva incertidumbre de la ciencia que emprendian. Pero el leer con mas reflexion en los libros, el examinar mas

atentamente la práctica de diversos autores, y el profundizar mas la naturaleza, deben suministrarnos los medios para resolver estas dificultades, si es posible hacerlo de un modo satisfactorio.

Desde luego observo que refiriéndose todas las opiniones teóricas no á los hechos sino al modo de que son producidas, interesaria muy poco el que fuesen diferentes, con tal que la práctica solo procediese ayudada de hechos, y no saliese nunca de las indicaciones que estos les suministran. Si, por ejemplo, los médicos mecánicos como Pitcarnio, para curar una pleuresia, no seguian distinto método que los solidistas, tales como Hoffman, ó los químicos, tales como Silvio; y si habiendo sabido unos y otros, ya por sus propias observaciones, ya por las de otro, cuál era el efecto constante de los remedios que se podian emplear en tal caso, solo usaban de sus hipótesis para reunir en un cuerpo de doctrina to-

das sus ideas; y si para formar sus reglas prácticas solo se adherían obstinadamente al simple resultado de la experiencia; claro está que estas diferentes sectas no se opondrían unas á otras, si no en puntos que no tuviesen ninguna connexion con el verdadero objeto del arte; y que nosotros deberíamos mirar estos altercados acerca de los principios de él con la misma indiferencia que en la moral miran las personas sensatas las opiniones que no influyen en la conducta.

Por el contrario, si cada secta, no contenta con haber ajustado á toda costa su hipótesis á los hechos, pretendiesen que estos estuviesen sujetos á ella necesariamente, y si quisiese que la naturaleza obedeciese á sus sueños, no por eso debemos culpar al arte, porque nada hace en esto; y los errores que de allí resultan solo son dimanados de haber violado sus reglas fundamentales. Las locuras y los absurdos no destruyen la sabidu-

ría ni el juicio: todo lo contrario, suponen que existen efectivamente: el desorden trae envuelta en sí la idea del orden, y la mentira la de la verdad, porque dos cosas contrarias no podemos concebirlas una sin otra. Luego se puede asegurar que el arte existe, porque da margen á que se infiera que no existe, quiero decir, porque hay una diferencia esencial en el método de filosofar que tantas veces ha introducido en él el espíritu sistemático, y entre aquel método que de suyo nos conduce á sacar conclusiones ciertas, del cual no tendríamos verdaderamente ninguna idea si no existiera en la naturaleza (1).

Finalmente, supongamos que las teorías ni son muy importantes, ni

(1) No basta probar que se ha hecho abuso del raciocinio en la Medicina: para sacar contra este arte alguna conclusion, se necesitaba probar que no se puede raciocinar bien en él. "Todas las artes, dice Hipócrates, existen en la naturaleza: si nosotros la consultamos como con-

son poco útiles ; porque si hemos de hablar con propiedad , no merece el nombre de teoría la que nunca se aparta de lo que establece , ni se adelanta mas con ella que con la observacion , porque no es mas que la observacion misma. Las demas teorías solo se dirigen á arreglar con anticipacion todos los hechos bajo de principios generales , que no se refieren sino á un corto número ; por consiguiente deben casi siempre inducirnos á error : tambien pueden sin embargo contribuir á que hallemos lo que deseamos ; porque las mas absurdas de estas teorías tuvieron en su principio por basa experiencias incontestables. El yerro de sus autores consistió en dar á estas

»viene, nos revelará todas las verdades
 »peculiares á cada uno, librándonos de
 »que adoptemos los errores que la igno-
 »rancia no deja de introducir en ellos.
 »Entonces es cuando se acrisola el arte;
 »aunque á pesar de estos defectos el
 »arte siempre ha existido.»

esperiencias una significacion muy estensa, y en formar un sistema completo de lo que apenas podia suministrarlos algunas ideas analíticas. Cuando queremos explicar las leyes de la economía animal por medio de las de la mecánica, de la física y de la química, ó por alguna hipótesis tomada de otra parte, que no sea el cuerpo viviente, á cada paso nos hallamos detenidos; ¿y qué sucede? que el número de escepciones es mayor que el de los hechos que concuerdan con la regla establecida; y no solo nos vemos en la precision de confesar que son insuficientes dichas hipótesis para enlazar entre sí los fragmentos de la ciencia, sino que percibimos fácilmente los innumerables errores que ocasionan en la práctica. ¿Se deberá concluir por esto que en las funciones vitales no hay cosa que pertenezca á la química, á la física ni á la mecánica? mucho nos engañaremos sin duda: y si esto fuera así, ¿quién hubiera jamas bus-

cado semejantes esplicaciones ? ¿ y
quién mucho menos las hubiera en-
contrado?

Los buenos talentos las reprue-
ban, no porque no esplicquen nada,
sino porque no lo esplican todo, y
porque en rigor solo son aplicables
á aquel mayor ó menor número de
hechos de los que se han sacado: y
si es verdad que sus mas prudentes
sectarios las abandonan cuando se
hallan á la cabecera de los enfermos,
puede que tal vez no resulten de ellas
las fatales consecuencias que debe-
riamos temer.

Una prueba experimental de que
la naturaleza corrige insensiblemente
lo vicioso que puedan tener los prin-
cipios de las teorías, y que obliga á
los médicos que no estan del todo
desprovistos de juicio, ni de tacto, á
seguir un método uniforme con poca
diferencia, es que, á pesar del tono
decisivo con que se ha afirmado lo
contrario, la práctica de todos los
siglos ha sido en el fondo una mis-

ma. Las descripciones de las enfermedades que nos han dejado los antiguos, estan manifestando en todas sus partes la verdad: en nuestras escuelas se enseñan sus reglas del diagnóstico y del pronóstico, y nuestras indicaciones generales en los planes curativos son absolutamente las mismas que las suyas, y las tomamos de donde ellos las tomaron: es cierto que desde Hipócrates hasta nuestros tiempos todos los observadores han hallado lo mismo que él habia visto. Areteo, Alexandro Fralio, Accio, Celio Aureliano, Celso y Galeno nos sirven tambien de norte en muchas ocasiones; y en nuestra Europa moderna los han seguido paso por paso los restauradores de la Medicina. Sennerto y Lomunio los han hecho mas compendiosos, y han colocado en mejor orden sus observaciones. Valles, Dureto, Hollerio, Próspero, Alpino, Balonio, Próspero Marciano, Fernelio, Riverio y otros, que seria largo el

enumerar, les son deudores de todos sus aciertos, y haciéndose discípulos suyos, han merecido que se les coloque á su lado. En este mismo siglo en que vemos el arte enriquecido con verdaderos descubrimientos, á costa de innumérables tareas, los médicos dignos de ser comparados con nuestros primeros maestros han obtenido este honor, y han aprendido á serles superiores algunas veces, imitándoles casi siempre.

Luego se puede negar que la práctica haya sido distinta en cada siglo, y que en las ideas de los buenos prácticos haya una diferencia esencial. Los muchos puntos en que se hallan enteramente conformes, prueban no menos la eterna seguridad de la naturaleza, que la constante certidumbre del arte: prueban lo uno, porque prueban lo otro: con efecto, si en ciertas circunstancias produce siempre la naturaleza los mismos fenómenos, y si el arte puede alterar á su gusto muchas de estas

circunstancias , cosa que no puede dudarse , se sigue necesariamente que puede tener un influjo eficaz en los fenómenos , pues que estos últimos deben depender de él en el mismo grado.

Ahora vuelvo á tocar la historia, y digo que el arte siempre ha egercido su poder por los mismos medios. A qualcuier tiempo de la Medicina que nos elevemos, á qualcuier secta antigua ó moderna, estrangera ó nacional que se pregunte, hallaremos siempre las mismas causas generales, las mismas reglas y los mismos planes. Siempre han combatido los prácticos el estado inflamatorio con la sangría y con el régimen antiflogístico (1). Han aconsejado los eméticos en caso de plenitud del estómago, y los catárticos en caso de plenitud de los intestinos : para la aridez, la tension y la rigidez, han

(1) Se deben esceptuar algunos modernos : bien pronto se dirá por qué.

prescrito los baños tibios, y para la laxitud y debilidad los baños frios y los tónicos. Todos proponen unánimemente evacuar lo superfluo, restituir lo que falta, escitar la naturaleza lánguida, y contener su fegosidad tumultuosa. En una palabra, no hay ninguna enfermedad que tenga un carácter constante á la que la sana práctica no cure hoy dia por los mismos remedios, ó por remedios del mismo género que otras veces.

Lo mas que al fin podrá suceder es, que se ocasiona alguna confusion en esta materia con motivo de no dar los escritores la misma acepcion á unas mismas palabras. El uno entiende por *calentura ardiente* una verdadera calentura inflamatoria (1), y aconseja la sangría: el otro indica con este nombre una enfermedad de la

(1) Los antiguos por exemplo miraban *la costra inflamatoria* como un producto bilioso: muchos modernos han confundido ciertas calenturas biliosas con las enfermedades inflamatorias, &c. &c.

clase de las biliosas, y prescribe toda evacuacion de sangre. Parece que se contradicen, y sin embargo estan muy conformes acerca de los principios fundamentales de las indicaciones; pues dicen las mismas cosas en otros términos, y solo se diferencian por el language particular de que cada uno se vale: y en verdad, todas las veces que en lugar de dar nombre á una enfermedad, la describen; y todas las veces que procuran hacernos ver los síntomas como son en sí, y los motivos que tienen para formar sus planes curativos, se apartan tan poco los unos de los otros, que un lector instruido adivina de antemano sin trabajo no ciertamente sus fórmulas exactas, pero sí el fin determinado para que las usan, y la naturaleza particular de los medios de que se valdrian. En testimonio de lo que digo, cito á todos los que han leído los observadores con la debida atencion.

Sí: la práctica de los buenos médicos es en todos los siglos y en to-

dos los países tan uniforme como la misma naturaleza; y puesto que es tanto como esta, no debemos pretender que sea mas; porque el transecurso de los siglos produce notables alteraciones en las enfermedades, y los climas las dan á cada una cierto carácter privativo. Pero tan sólidos hace el arte sus principios comprobando el curso de la naturaleza en sus reglas, como observándole en sus escepciones.

Tal vez se me pondrán nuevas objeciones, y se me dirá que semejante consideracion, aunque sea de algun peso, no dice por qué se suscitan continuamente á la cabecera de los enfermos eternos altercados, que dan lugar á escenas escandalosas ó ridículas; y por qué estando acordes unos con otros los médicos cuando escriben, no lo estan cuando se hallan en una consulta; y por qué siendo posible hacer que concuerden en aquel caso, no se ha de poder hacer que esten conformes en estotro. (1)

Si respondiera yo, que basta probar rigurosamente la certidumbre de la Medicina, tal como la manifiesta la naturaleza cuando se la consulta debidamente; que por otra parte se puede abandonar la causa de los que la egercen, dejando á cada uno de ellos el cuidado de defenderse por sí mismo; no justificaria ni la opinion que hay entre los escritores de que acabo de hablar: ni entre los prácticos contra la cual se dirige particularmente la objecion, y si despues añadiera que el amor propio, ú otras pasiones mas viles, son por lo comun el único motivo de los altercados entre estos últimos, y que unos intereses mezquinos estravian su juicio despues de haber corrompido su conciencia; los justificaria entonces peor; y aun me atrevo á decir que este modo de juzgarlos es tan poco digno de mí como del cuerpo de sabios mas respetables que tal vez haya existido en todos los siglos. (1).

(1) Seria muy absurdo el decir que

No sin duda, los Médicos no son unos charlatanes hambrientos, que se sirven de todos los medios posibles para dar valor cada uno á su droga, despreciando la de su vecino: no la buena fe, el candor, el amor á la verdad, el amor al género humano y al ejercicio penoso de su profesion: todos los afectos del hombre sensible y todos los deberes del hombre justo residen en su corazon; y muchos de ellos practican sin dárlo á entender las penosas virtudes de su estado. Se juzgan ellos mismos con severidad, y juzgan á sus compañeros con indulgencia. Combaten las opiniones peligrosas porque las creen tales; y esto aunque ellos mismos las tengan: y concilian las que pueden serlo, pero sin perjuicio de los enfermos; y si alguna vez levantan el grito contra la ignoran-

no hay médicos charlantes; pero era hacer una grande injusticia establecer que todos los mas lo son.

cia ó contra la astucia, es para cumplir, no sin dificultad, con un deber sagrado: el imputarles que no hacen mas que contradecirse, y que nunca se les ve quedar conformes despues de sus altercados, debe considerarse como un vituperio, otro tanto mas injusto, cuanto que se le quiere hacer demasiado general. En todos tiempos ha habido, y aun hoy dia existen en todas las naciones, muchos Médicos que se animan mutuamente por nobles egemplos, que se estimulan á trabajar, y que despues reunen sus conocimientos en bien de la humanidad.

Pero sin emprender ahora una vana apología, podemos responder directamente á la objecion. No por que dos Médicos adopten ideas contradictorias, ni porque aconsejen remedios diferentes entre sí, se ha de sacar la consecuencia de que uno de ellos, ú tal vez ambos, estan equivocados. Defendiendo cada uno su idea pueden seguir distintos caminos pa-

ra llegar á un mismo fin. Su unanimidad no probaria el que acertasen, asi como su oposicion no prueba el que yerren. Esta materia pide no obstante alguna ilustracion.

En toda enfermedad emplea la naturaleza una serie de movimientos para mudar el estado morbífico y para hacer volver la salud. Estos movimientos son por lo regular los mas acomodados á sus fines y á sus medios cuando parece que está en su arbitrio el elegirlos: siempre se llevan la preferencia los que juzga mas adecuados, como expuse anteriormente. Asi es que la crisis que no puede hacerse por sudores, se hace á beneficio de los esfuerzos de la naturaleza por cámaras ó por orinas. No hay ninguna evacuacion que no pueda suplir por otra; y aun se puede asegurar que todas pueden compensarse mutuamente, sean del género que fueren. Asi, no debiendo ser la misma la terminacion crítica, los esfuerzos que la preparan, y

el orden con que estos se hallan enlazados unos con otros sufren alteraciones análogas. Luego no hay materia en la que la naturaleza no pueda emplear casi siempre muchos métodos diferentes. He citado en prueba de esto la pleuresía; pero lo mismo se puede decir de la calentura ardiente, que se cura ya por hemorragias de la nariz, ya por sudores ó por una diarrea biliosa, ya por un movimiento febril, ó por una ictericia crítica.

Las enfermedades espasmódicas raras veces son susceptibles de una solución verdadera y completa: con todo, el principio conservador de la vida no permanece en inacción mientras duran. El flujo hemorroidal, ciertas calenturas saludables, ú otras incomodidades mas regulares y mas adecuadas para tener una buena crisis son unos recursos de que dicho principio parece valerse en casos pertinaces, y de los que hace uso cuando no puede intentar otros medios mas oportunos; y

aun hay ocasiones en las que para que se efectúe la crisis, se sirve de movimientos convulsivos mas ó menos violentos. Este último medio es ciertamente precario y arriesgado; raras veces es eficaz; casi siempre agrava las enfermedades y aun puede hacer mortales aquella en que se hallan esencialmente interesados el cerebro y los nervios. Pero tampoco es menos cierta la proposición general que establezco; y á consecuencia es tambien cierto que los médicos pueden incesantemente imitar á la naturaleza, seguir las indicaciones bastante variadas, y formarse diferentes planes curativos.

Aunque la sangría y el régimen antiflogístico sean muy adecuados para curar las enfermedades inflamatorias, Helmoncio y Lob las curaban muy bien con los sudoríficos; Sydenham curaba las afecciones llamadas vaporosas con los marciales; Hoffman con los nervinos y con las gomas fétidas; Boheraave con los

xavonosos y fundentes; Roberto Whit con los estomáticos, con la quina y con los amargos; Pomme con los diluentes, con los baños tibios y frios; Barthez (1) con lo que llama método perturbador, que consiste en alternar los calmantes con los excitantes y con los tónicos; los Stahlianos con los astringentes dados en moderada cantidad, y en especial con las aloeticos, á fin de poner en accion las almorranas que consideraban como la principal crisis en una edad avanzada y en la vejez.

Todos estos prácticos citan hechos en apoyo de sus ideas y de su método; los mas los esponen con un candor que no nos induce á ninguna sospecha, y sus efectos se ven comprobados por muchas y muy moder-

(1) Este célebre profesor, lleno de erudicion y de genio, ha espuesto sus principales ideas en una obra original en estremo, que es obscura en algunos parages; pero digna de mejor aceptacion, y que la tendrá tarde ó temprano.

nas esperiencias. Y aunque fuera absurdo el inferir de esto que pueden emplearse siempre é indiferentemente estos diversos medios, y que son útiles en todas circunstancias; debemos juzgar por esto mismo que las fuerzas vitales pueden compensar este defecto de rigurosa exactitud, comun á todos nuestros planes curativos; puesto que como un hábil artista, saben usar de los instrumentos que se les presentan, y darlos el movimiento que exigen ó que les es mas acomodado.

Aun hay otra cosa mas. El arte puede suplir por medio de crisis repentinas los esfuerzos muchas veces inciertos y lentos de la naturaleza; puede obligarla á que por sacudimientos inesperados, efectúe en poco tiempo lo que egecuta de tarde en tarde; y en fin, el arte puede imprimirla algunos movimientos, de que no seria capaz abandonada á sí misma. Por esto las copiosas sangrías *degüellan* en su principio, segun la

espresion de Galeno, ciertas calenturas temibles: por esto los vomitivos, y en especial los antimoniales, quitan de repente los dolores pleuríticos, ó reumáticos, muchas especies de oftalmias y males de garganta; y hacen como por encanto que cesen ciertos delirios furiosos, y aun algunas hemorragias uterinas.

Cada Médico, lleno de lo que ha visto y de lo que ha experimentado, y confiado fundadamente en los remedios, cuyos buenos efectos ha comprobado, los emplea con preferencia todas las veces que se le presenten casos semejantes. Este modo de proceder no es solo muy natural, sino que es muy fundado en razon y muy útil. Sin duda que nadie tiene derecho para pensar que el remedio que propone sea el solo ú el mejor; pero cuando ha visto que casi siempre es eficaz, cuando por su propia experiencia conoce sus indicaciones y su uso, es para él el mejor, y habrá ocasiones en las que sea

el solo al que pueda acudir.

Cuando se hace la descripción de algunas enfermedades, ni esta ni los libros nos ponen verdaderamente en la escena, cuando se nos refieren los efectos de un remedio, estos no nos dan mas que ideas muy incompletas, que muchas veces nos inducen á error. Raras veces son las descripciones fieles y puras, y aun cuando siempre lo fuesen, es imposible que comprendan todas las circunstancias y que abracen todas las variaciones. Además, la descripción se hace mas confusa por lo vagas que son las denominaciones: ¿qué cosa es una calentura pútrida, una calentura maligna y una enfermedad nerviosa? Si nos contentásemos con describir los fenómenos siguiendo con exactitud el orden de su sucesion, sería sin duda mucho mejor, porque se haria lo posible, puesto que no podemos presentar inmediatamente á la vista los mismos objetos; pero estas imágenes carecerán de fisonomía y de alma,

pues son muy indeterminadas para que dejen en nuestra mente impresiones durables, y muy inciertas, para que en ningun modo puedan suplir la naturaleza. De aquí se sigue que cada facultativo puede tener su materia médica, y que no se puede aprender esta sino á la misma cabecera de los enfermos (1).

(1) La rapidez y generalidad con que formo este discurso, me impiden hablar circunstanciadamente de las pruebas prácticas; y así me contentaré tan solo con hacer las observaciones siguientes.

I. Hay casos determinados, en los que son saludables ciertas evacuaciones, y estas pueden producirse como el médico gustare, á beneficio de ciertas sustancias. De esto solo concluyo que el arte existe. Una purga cura una enfermedad, el rui-barbo es un purgante, luego la Medicina no es un arte quimérico.

Aun adelante mas este juicio discursivo. Para que la Medicina no pudiera verdaderamente reducirse á arte, se necesitaba que todas las sustancias que obran en el cuerpo viviente produgesen en él

¿Exigirá de mí el lector que yo responda al sceptismo ú á la absoluta credulidad de algunos Médicos?

efectos uniformes, y que solo pudiesen afectarle siempre de una misma manera. Desde el instante que observo que ciertos alimentos, ciertas bebidas &c., producen efectos diferentes, sean buenos ó sean malos, formo las reglas para emplearlos, y me sirvo de estas reglas para conservar la salud y para curar las enfermedades; luego la Medicina existe para mí, y existe como un arte verdadero.

2. Se han llevado hasta el mas alto grado de certidumbre las reglas del pronóstico, y esto no solo prueba la uniformidad de las leyes de la naturaleza, sino tambien el enlace de los síntomas sensibles con los movimientos ocultos que se efectuan ó que se preparan. Por otra parte, no se puede dudar de la accion de los principales remedios, y nadie ha sido hasta ahora tan incrédulo que no se haya convencido de que los purgantes purguen, y de que los vomitivos esciten el vómito. Luego si preveemos las crisis favorables ó funestas, si los remedios ó el régimen pueden favorecer las unas y precaver las otras, lo que es un verdadero

¿querrá que yo me informe de las causas, y examine los motivos que tienen para no desistir de sus opinio-

resultado de los efectos que todos les atribuyen, ¿podrá negarse que la Medicina tiene basas sólidas?

3. El arte cura enfermedades que la naturaleza no cura jamas, ó casi nunca, como son las calenturas intermitentes, malignas; las hidropesias ocasionadas por una grande obstruccion de las vísceras del abdomen &c. &c. En las que la naturaleza cura por sí misma puede hacer el arte lo regular, y es, imprimirla movimientos mas seguros y mas rápidos; y en verdad que esto no lo sabemos por raciocinios hipotéticos, y sí por la observacion y por la esperiencia éxenta de todas preocupaciones.

4. En vano se nos objetaria que la sola naturaleza cura las enfermedades: en verdad que no cura las mas graves, y en particular los accidentes ocasionados por los venenos, cuyo carácter es superior justamente á las fuerzas vitales. La naturaleza solo cura en ciertas circunstancias, y baxo de ciertas condiciones; pero el arte puede mudar las unas, y suplir las otras.

nes? Creo que esto no es necesario. En los objetos de discusion deben por lo general considerarse como nulas las opiniones particulares; y por lo que á mí toca declaro francamente que en ellas no reconozco otra autoridad que la de la naturaleza misma de las cosas; quiero decir, la de la razon que tenemos para investigar sus leyes. No hay absurdo monstruoso que no pueda llegar á ser un principio evidente, y una verdad cierta á los ojos del que se

“El que diga que las enfermedades se
 „curan por sí mismas, espresa una idea
 „falsa, ó no sabe lo que quiere decir.
 „Ninguna cosa se hace por sí misma: to-
 „do depende de causas ó de circunstancias
 „determinadas. Esta es una verdad que no
 „se limita á los hechos aislados y peque-
 „ños, sino que se estiende á todo aquel
 „conjunto de hechos numerosos que ve-
 „mos enlazados unos con otros. Cuando
 „se habla de producciones espontáneas, se
 „hace uso de una palabra vacía de senti-
 „do, ó que no nos da idea de una cosa
 „real.” HIPÓCRATES.

deja llevar de juicios humanos : así como tampoco no hay para el mismo una verdad grande y fecunda , que no pueda calificar de un error peligroso ú culpable. Si queremos , pues , saber lo que se debe pensar de la Medicina , borremos de nuestra memoria lo que de ella han pensado otros : hagamos investigaciones , examinémosla con cuidado , y sujetemos á discusion todas sus partes. Las opiniones de los mas grandes talentos no podrian contrarestar las consecuencias que sacariamos haciendo buen uso de nuestra razon. No es vana presuncion este sentimiento , y sí una justa confianza en la naturaleza y en el instrumento que nos ha dado para dirigir é ilustrar todas nuestras investigaciones. La culpa la tendremos nosotros en ratiocinar mal ; pero si ratiocinamos bien , no hay necesidad de que nuestros resultados sean conformes con los que otros han obtenido , para que tengan todos los caractéres de la certidum-

bre y de la evidencia.

Por tanto me contentaré con observar que entre los Médicos detractores; de su arte no hay práctico alguno recomendable, y que son especuladores muy aficionados á las ciencias exáctas, y sujetos las mas veces sin práctica; ú hombres sin tacto, que por ser desgraciados, se han disgustado con razon de su arte; unos hallando falible su medicina, sentaron por principio que era vaga y sin bases, no considerando que puede existir una, cuyas reglas esten fundadas en la certeza, y cuyo egercicio pueda ser verdaderamente útil: otros no hallando en ella la rigurosa exactitud del cálculo, ni aquellas evidéntísimas fórmulas, que son á su parecer el solo criterio de la verdad, niegan que la aplicacion de los remedios (1) pueda adquirir jamas una

(1) Pitcarnio propuso un problema en estos términos: "Dada una enfermedad, hallar su remedio." No es imposible

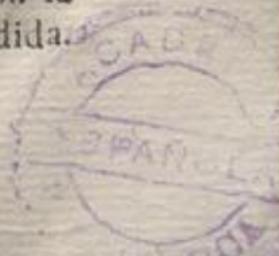
certidumbre plausible; sin reflexionar que cada ciencia tiene su género de pruebas, y que si el hombre siempre tuviese realmente necesidad de las que se requieren para decidirse, permanecería eternamente en la duda y en la inacción aun relativamente á las cosas mas comunes de la vida. La naturaleza, cuyo modo de obrar es nuestro único modelo, y cuyo impulso hemos de seguir aunque no queramos, puesto que solo por

resolverle, aunque nunca será con aquella exactitud y rigurosidad matemática que quisiera el calculador. No se resuelven de este modo los problemas prácticos de las artes, porque no cabe una absoluta exactitud en los instrumentos de que el hombre se vale; pero no por eso tal vez dejan de ser mas adecuados á nuestra naturaleza y á la de su objeto.

Nota del Traductor. El célebre Pinel vitupera justamente la presuntuosa confianza de Pitcarni, é indica la restriccion que se debe dar á este problema. Véase su introduccion á la *Nosografía Filosófica* pág. 19 y 20 de mi traduccion.

sus leyes podemos modificar los objetos de nuestras investigaciones, y puesto que estamos bajo su inmediata dependencia, como todos los demas seres, la naturaleza, vuelvo á decir, no tiene en ninguna cosa una justa exactitud; pues parece que quiso conservarse una cierta estension (1) á fin de que los movimientos que imprime tuviesen aquella libertad regular, que no los permite nunca salir del orden, pero que los varía, y en el hecho de variarlos los da mayor gracia. La certidumbre rigurosa, tomando esta palabra en una absoluta acepcion, pertenece á las materias puramente especulativas: en la práctica debemos contentarnos con aproximaciones mas menos exactas, que por esta razon se podrian llamar *certezas prácticas*. Debemos contentarnos con ellas, porque son las solas á que nos permite

(1) Esta estension corresponde exactamente á la que el arte puede tener con la práctica, ó por mejor decir es su medida.



llegar la naturaleza, y porque bastan para asegurar la conservacion y el bien estar de la especie humana. Si esto no fuera asi, el hombre no solo no hubiera podido emprender nada, sino que ya habria mucho tiempo que no existiria en la tierra.

En la Medicina se hallan las certezas mas bien en las mismas sensaciones del artista (1) que en los principios del arte, que por todo ó casi todo depende de un buen tino y de un feliz instituto. El que no ha visto los objetos, no puede formarse ninguna idea de las pruebas que suministra el observarlos: y el que presta poca atencion, ó tiene los órganos poco sensibles se forma ideas imperfectas y falaces. En virtud de esto,

(1) "En nuestro arte no hallareis ninguna medida, ningun peso, ni ninguna fórmula de cálculo con que podais comparar vuestros juicios, para darles una certidumbre rigurosa, porque en él no hay mas certidumbre que nuestras sensaciones." HIPÓCRATES.

facil es el conocer por qué los médicos puramente geómetras ó especuladores, y por qué algunos prácticos desgraciados han escrito sinceramente contra la Medicina (1).

En el mismo caso poco mas ó menos se hallaban estos médicos, que aquellos filósofos los que solo por haber leído nuestros escritos, creyeron que podian decidir sobre los mas secretos misterios de la naturaleza; pero esta se ha reservado el privilegio es-

(1) Por lo que á mi toca confieso que he visto muchas veces lo útil que es la Medicina, y creo que lo será casi siempre. Pocas enfermedades hay que sean esencialmente incurables: el arte está muy lejos de tener la perfeccion á que deberá llegar, y los médicos prácticos, demasiado adictos á una ciega rutina, no quieren emplear los recursos que presenta. He aquí la razon porque no se curan todas las enfermedades que se pueden curar; pero aun en los casos mas desesperados se puede á lo menos paliar el mal y aliviar al enfermo; lo que seguramente debe tenerse por algo.

clusivo de descubrirlos ella misma solo á los verdaderos observadores.

Hace poco que era moda en París el burlarse de la Medicina, y el tener sus remedios por quiméricos, y este modo de pensar se hallaba acreditado por algunos médicos de reputacion, que tal vez pensaban dar una idea mas grande de su talento, menospreciando con vilipendio el mismo ídolo de su templo. Algunos literatos atrevidos, que se habian propuesto desterar preocupaciones, propagaban esta doctrina con otro tanto mas zelo, quanto que se habian acostumbrado tal vez á tener la incredulidad por filosofia. Todos los que como ellos querian pasar por sujetos de un talento superior á toda preocupacion, creian que en conciencia estaban obligados á repetir los discursos de Montaique, los chistes de Molier, y las acres proposiciones del impetuoso Rousseau. Cada día se oía decir y repetir mil veces, que para curar las enfermedades debian

los médicos atenerse á la naturaleza pr6vida y sabia, y los que lo decian eran los que no querian conocer en ella ni providencia ni conformidad. Los que negaban absolutamente todas las causas finales, y que consideraban la existencia del hombre como efecto del acaso 6 del lento aprendizaje de cada 6rgano, veían al mismo tiempo que era imposible añadida á esta obra del acaso, aun por medio de sus combinaciones reflexionadas, ni perfeccionar este aprendizaje por ensayos fundados en la observacion.

¡Execracion eterna contra tanta altivez! ¡Qué espectáculo tan doloroso ver á un médico tratando á su profesion de charlatanería (1), los

(1) Bien se conocerá que solo hablo aquí de los que continúan egerciendo una profesion cuyos principios y utilidad niegan. En quanto á los médicos, que confusos por sus ideas, toman el partido de renunciar la práctica, se debe alabar su provida, su franqueza y su escrupulosidad.

conocimientos que exige de frívola ostentacion y sus deberes de melindres! ¿ Creerían estos tales inspirar al público una gran confianza en sus talentos, haciéndole ver que no los habia embotado el estudio de un arte, segun él, engañoso y falaz? ¿ Juzgaría honrarse publicando con desvergüenza, que si practicaba su arte era sin creer en él, burlándose con tal atrevimiento de la credulidad de los hombres? No, sin duda el solo fin que llevan en esto tales hombres es llamar la atencion de todos con opiniones singulares, y de deslumbrarlos con el desprecio que muestran hacer de sus juicios. Se quieren hacer superiores á los demas, vilipendiando lo que estiman, y creen poder adquirir el aprecio de todos, afectando que ni son partidarios de nadie, ni lo hacen por ningun interes personal. Pero el público ha tenido proporcion de ver por esperiencia, que estos médicos no son ni los menos interesados, ni los menos diestros en

aprovecharse de sus caprichos. Y en cuanto á aquellos, cuya alma no está cerrada á los sentimientos de moral y de humanidad, ¿no han pensado que sus máximas desanimarian á los jóvenes estudiantes (1), que les harían fastidiosos sus deberes, y que los dispondrían casi siempre al charlatanismo mas vituperable? ¿No conocen que sus chanzas entristecen y perjudican á los pobres enfermos, cuyas esperanzas quieren frustrar, y que

(1) Nunca será buen artista el que menosprecia su arte, verse este sobre la materia que sea; y por lo que toca á la Medicina en particular, se requieren tantos estudios, tan penosos y de tanto fastidio, que ciertamente es necesario inspirar entusiasmo á los que se dedican á ella. Los buenos prácticos son hombres que confían mucho en la Medicina: tal vez puede que su confianza sea en parte la causa y el resultado de sus aciertos; porque ella sola ha podido hacerlos continuar en su trabajo. En la Medicina la incredulidad produce la indolencia, y solo sirve de velo á la ignorancia.

siempre ven con dolor lo poco que deben contar con ellos y con su asistencia, en la cual confiaban?

§. IX.

Examen de la séptima objecion.

El que mire como sin solucion las seis primeras objeciones considerará la última como del todo superflua. Antes de examinarla es preciso haber conocido que pueden refutarse del todo las otras; y antes de resolver esta, es necesario suponer que se han resuelto las demas. Bajo esta suposicion, que favorece en extremo á la Medicina, ¡ cuántas dificultades no quedan que aclarar! ¡ cuántas dudas que desatar! Bien pudieran los principios de la Medicina estrivar en fundamentos sólidos; bien pudiera el tiempo, segun la espresion de Bacon, haberlos producido (1) con len-

(1) *Medicina temporis partus.*

ritud , bien pudieron los desvelos y continuos trabajos de los sábios haber unido entre sí los eslabones de la cadena que deben formar , pues aun no seria todo esto suficiente. Estos principios no llegan á ser verdaderamente útiles sino por su aplicacion; y si son superiores á las fuerzas comunes los estudios preliminares que la práctica de la Medicina exige , si una multitud de obstáculos impiden su conocimiento á la mayor parte de los hombres , y si á cada paso se encuentran mil tropiezos casi inevitables , causa de infinitos errores , ¿ no nos veremos obligados á convenir en que el arte peca esencialmente por esta misma desproporcion de sus medios con nuestras fuerzas , y por la imposibilidad en que por lo general nos hallamos de hacer que desempeñe debidamente su objeto ? ; qué triste cuadro nos presentan las dificultades que se oponen á su utilidad real ! ¿ qué médico , teniendo algun conocimiento de lo que sucede diariamen-

te, no estaría indeciso en decir sin rodeo si la Medicina ha hecho mas bien que mal, y si sería mas útil que perjudicial el abolirla (1)? No se ha de examinar la cuestion bajo este punto de vista.

El hombre cuando padece quiere ser aliviado, y este deseo no es atendiendo á disputas, sino al invencible impulso del instinto. De aquí el que todos tengan una creencia universal en la Medicina (aunque se diga lo que quiera), la cual es mas firme, y supersticiosa en los pobres é ignorantes que en los ricos é instruidos, y en los aduares de salvages que en los pueblos civilizados. Las Ciudades tienen médicos, las mas tristes aldeas curanderos, y los bosques de las Islas de América charlatanes, que para hacerse apreciar mas de los Indios

(1) En los países en que se enseña y se practica la Medicina como conviene, es de una utilidad directa: en los que se enseña y se practica, mas es indirectamente útil como se verá despues.

crédulos acompañan su charlatanería de una multitud de imposturas religiosas.

En todas partes ven los hombres, que el aplicar al cuerpo ciertas sustancias producen en él grandes y saludables efectos, y que por ellas se curan en algun modo ciertas enfermedades que ordinariamente son mortales cuando no se aplica ningun remedio (1). ¿Se necesita mas que esto,

(1) Para hacer que se dude de la accion de la Medicina, se necesitan una serie de racionios sùtiles, que no son capaces de formar los hombres rùsticos y sencillos. Los remedios producen á su vista efectos sensibles, mudan el estado de los enfermos, y hacen que vuelva la salud. Otros enfermos que se hallan en un estado semejante, y que carecen de los mismos remedios, ó los desprecian, se empeoran cada dia mas, se estenúan lentamente, ó mueren de repente. He aquí porque el pueblo cree ciegamente en la Medicina. El pueblo, y en esta palabra comprendo el comun de los hombres, se deja llevar de racionios simples y direc-

cuando estan enfermos para que vayan á pedir socorro á las personas que saben emplear estos remedios, y para que logren el consuelo de recobrar por medio de ellos la vida y la salud? Esta esperanza que los impele á buscar quien los cure, sea el

ros, sacados de datos innegables. Este modo de proceder favorece poco al amor propio y á la imaginacion; pero en su fondo es el mas seguro y mas fácil. Por esta razon misma se esponen necesariamente á caer en error aquellos observadores pensativos y escrupulosos, que no quieren atenerse al modo comun de ver y de percibir; hay opiniones absurdas, de las que solo son susceptibles los hombres de talento. La sublimidad de la filosofia consiste en rectificar nuestros sentidos. El buen sentido es el producto de las sensaciones claras y distintas: por esto reprueba todo lo que las contraría, ó que no tiene con ellas una conexion inmediata. Nuestra naturaleza exige que consideremos los objetos en grandes masas, que juzguemos de ellos por grandes resultados, y que los conozcamos en algun modo por lo mas sensible que ofrezcan.

que fuese , no es el fruto de la reflexion , es una verdadera necesidad inseparable de nuestra existencia y de todas nuestras demas necesidades.

En vano se contrariaría esta inclinacion : no se la destruiría aun cuando se destruyese la Medicina ; y lo que resultaba de contrariarla era entregar á la atrevida ignorancia mayor número de víctimas.

Aun creo poder dar mayor estension á estas consideraciones. Puesto que nos es tan natural esta disposicion , y puesto que está íntimamente unida á nuestros primeros impulsos , es buena en sí misma , y solo necesita ser dirigida. ¿ Y qué se debe hacer para esto ? por una parte es necesario que los verdaderos médicos hagan esfuerzos para perfeccionar la ciencia por su asiduidad en trabajar , y por la otra que el gobiernos , en virtud de unas buenas leyes de policía , preserven al pueblo de sus propios errores , porque esta es una materia en la que no se debe permitir una li-

bertad ilimitada. Si, como juzgo, no hay mas que dos cosas de que no podemos eximirnos, y son, ó confiar la vida de los hombres á los estudiantes que salen de nuestras escuelas, ó dejarla á merced de los charlatanes y de las viejas, ¿no será mucho mejor atenerse á los primeros? ¿y no sería una filosofia falsa é irracional el entregarnos en manos de los despreciables discípulos de aquellos? ¿Quién no conoce la turbacion de ánimo, la debilidad y la credulidad de los enfermos? ¿quién no sabe que cada uno de los que van á verle le aconseja use de tal ó tal remedio con una seguridad vana, sin conocer la enfermedad ni aun el remedio? Sin duda que mi lector habrá visto algunos de estos infelices, á los cuales curaban conforme iban llegando sus amigos, conocidos, vecinos y vecinas; y que enfermedades que se podian curar por el reposo y dieta, las hacian mortales, porque los que las padecian no habian podido resistir á

las impertinencias , amenazas , promesas , y en especial á la relacion de las maravillosas curas que se aseguraba haber hecho aquellos remedios. ¿ Acaso hay alguno que pueda prometerse tener fuerza para resistir á tantos ? ¿ En el tiempo en que no estan los órganos en equilibrio se podrá persuadir nadie de que el juicio conservó el suyo ? La cabeza se debilita al mismo paso que las funciones vitales , y por las mismas causas : muchas veces se perturba completamente , antes que aquellas se hayan abolido , y aun sin que parezcan alteradas sensiblemente. Una leve enfermedad pone al hombre mas sabio en estado de no poder discurrir , y el delirio le hace ser de un talento tan limitado como el de un niño , y aun mucho menos. En el primer caso , los que le asisten le hacen que quiera tomar el remedio : en el segundo quieren ellos que le tome. Quanto mas peligrosas son las circunstancias , tanto mas desordenados son los dictámenc-

nes, y tanto mas precipitados: cuanta mas prudencia exige el caso en administrar los remedios, tanto mas confusamente y sin objeto determinado se los amontona. Para libertar al paciente de tantas resoluciones ciegas, dudosas y contradictorias necesita una autoridad que gane su confianza, que sea capaz de imponer respeto á los que le asisten, que confunda la ignorancia con el ascendiente de sus luces, y que haga el plan curativo, metódico y uniforme; finalmente, se necesita uno que mande á fin de que no quieran mandar todos á un tiempo. He aquí el papel que hace el médico, he aquí lo que solo él puede egecutar; de modo que aunque haya poco bien, precave mucho mal; y aun cuando por su parte hiciese algun mal, siempre precaveria otro mucho mayor; y finalmente, he aquí una cosa que no podrán negar los amigos ó enemigos de la Medicina.

Esto supuesto, á pesar de los vicios casi universales que hay en su

enseñanza , á pesar de la imperfeccion de su práctica, de la que no pretendo hacer una pintura falaz , y á pesar de cualesquiera obstáculos que se opongan á sus progresos los observadores rectos, se verán obligados á confesar su utilidad real despues de un maduro examen, aun suponiendo todo lo que juzgasen menos favorable á su causa. En la Medicina confian las almas sensibles; y bien lejos de ser , como lo afirman algunos declamadores , un azote de la humanidad , es por el contrario su esperanza y su salvaguardia , porque la promete recursos para lo sucesivo , los cuales llegarán á ser de dia en dia mas eficaces y estensos.

Con efecto , lo que resulta de lo espuesto hasta aqui es que existiendo la Medicina en la naturaleza, asi como las otras ciencias y las demas artes , tiene como ellas sus bases eternas y sus medios por los cuales puede perfeccionarse. Las necesidades la dieron origen , y el tiempo y la ob-

servacion la han engrandecido y cultivado ; y estas dos cosas han aclarado una muchedumbre de puntos, que parecia imposible poder explicar, habiendo sujetado á la análisis las materias que al parecer no la admitian. ¿Quién se atreveria á prescribir límites á unos descubrimientos cuyo objeto tenemos á nuestra vista, cuyo fin nos es de una utilidad inmediata, y para los cuales basta dirigir bien nuestros sentidos? ¿quién podrá decir *el ingenio del hombre llegará hasta allí y no pasará mas adelante?* No cabe duda en que la medida de sus sensaciones es la misma que la de su perfectibilidad ; ¿pero quién conoce esta medida? ¿quién es el que sabe el grado de perfeccion que pueden adquirir las sensaciones? En lo que las es extraño no hay poca ni mucha evidencia : hay una obscuridad absoluta; pero en lo demas no hay cosa que no podamos aclarar. Quanto mas sabemos, mas medios tenemos para aprender. Nuestras espe-

ranzas y nuestra ambicion pueden abrazar en algun modo el infinito. Si llegásemos á perfeccionar los métodos que alivian la memoria , si á medida que se multiplican nuestros conocimientos sabemos incorporarlos con los resultados que verdaderamente los contienen todos , serán tan estensos como seguros , y se podrá hacer de ellos una aplicacion fácil y exacta; podremos tenerlos siempre á nuestra disposicion ; y nos podremos servir de ellos en un instante sin que nos cueste trabajo. Tal vez estas clasificaciones analíticas son las mas necesarias en la Medicina , y acaso tambien las mas fáciles. Parece que la naturaleza nos lleva por sí misma á hacer uso del método analítico , y muchas veces sin que nosotros queramos. En vez de resistir á sus impulsos debemos seguirlos religiosamente: consultémosla antes con confianza y reflexion , porque no quiere otra cosa mas que descubrirse á los ojos de los que con ansia la buscan.

CONCLUSION.

Sí: me atrevo á pronosticarlo: con el verdadero espíritu de la observacion va á renacer en la Medicina el espíritu filosófico que debe presidir á sus operaciones, y de este modo la ciencia va á tomar un nuevo aspecto. Se reunirán sus fragmentos esparcidos, para formar de ellos un sistema tan sencillo y fecundo como las leyes de la naturaleza. Despues de haber recorrido todos los hechos, despues de haberlos revisados, comprobado, y comparado, se los unirá entre sí, y se referirán todos á un corto número de puntos fijos ó poco variables. Se perfeccionará el arte de estudiarlos, de unirlos entre sí por sus analogías ó por sus diferencias; y de sacar de ellos reglas generales, que solo serán su enunciacion, aunque mas exacta; y en especial

se simplificará el arte mas importante y difícil; á saber, el de aplicar estas reglas á la práctica. Entonces no se verán obligados los médicos á formarse cada uno sus métodos y sus instrumentos, á olvidar lo que aprenden en las escuelas para hallar en sus sensaciones lo que inútilmente buscarían en las de otro quiero decir, descripciones no solo bien circunstanciadas y de una verdad escrupulosa, sino que formarán un todo, cuyas diversas partes estarán bien coordinadas. Entonces no será ya necesario que el talento ocupe el lugar del arte: todo lo contrario, el arte será el que dirija siempre al talento, el que hará que le adquieran los que no le tienen, y aun el que en algunas ocasiones hará sus veces. No digo yo por esto que sea posible el suplir con la exactitud de los métodos la finura del tacto (1),

(1) Los conocimientos que se adquieren en las escuelas ó en los libros no pue-

y las combinaciones de un genio feliz ; pero aseguro que ni el tacto se dejará llevar de imágenes vagas é incoherentes, ni el genio será detenido por reglas frívolas y falaces, y ninguno de los dos encontrarán obstáculo alguno que se oponga á que se manifiesten en toda su energía.

den dar penetracion á los sentidos, y en el supuesto de que estos la tengan, no ayudan á cultivarla. Las reglas de la poesia no forman un gran poeta, ni las de la música un gran músico. El talento es raro, y no se comunica de unos á otros. Los verdaderos conocimientos de nuestro arte, no son otra cosa que un conjunto mas ó menos completo de sensaciones que hemos recibido á la cabecera de los enfermos, y estas sensaciones solo las podemos adquirir de los objetos que las producen. Asi es que si hubiéramos de hablar con propiedad diríamos que la lectura no nos enseña en cierto modo mas que lo que sabemos ya. Pero cuando los libros elementales contengan en el mejor orden las mejores materias, nos indicarán el verdadero modo de observar ; cuando nos presenten los hechos con la cone-

Entonces los ingenios medianos harán tal vez con facilidad lo que los talentos mas sublimes hacen hoy con mucho trabajo: la práctica se verá exenta de todo el farrago de que está llena; y reducida á indicaciones sencillas, distintas y metódicas, adquirirá toda la certidumbre que permite la móvil naturaleza de los objetos que tienen mútuamente, y con la claridad, que les es natural, contribuirán á que veamos mejor los objetos, y á que recordemos con mayor facilidad sus impresiones, que muchas veces recibimos casualmente. Semejantes libros no nos harán perder un tiempo precioso, que empleamos en aprender de memoria, y con trabajo muchas cosas que si pudiéramos olvidarlas en lo sucesivo nos tendríamos por muy felices: al contrario, nos abreviarán, nos allanarán todas las dificultades, y serán para un jóven alumno lo que un maestro hábil, el cual para comunicarle mejor sus conocimientos hace esfuerzos á fin de ponerle en las mismas situaciones en que él se halló; y para hacer que emplee los métodos por los cuales logró él mismo adquirirlos.

tos acerca de los cuales versa el arte. Mientras esto se verifica, aunque se puede vituperar á la Medicina fundadamente, y aunque por todas partes haya médicos indignos de serlo; si el público no hace distincion de los buenos y de los malos profesores, confundiendo la ciencia y la virtud con la ignorancia y charlatanismo, procederá de un modo inicuo y perverso. No hay cosa que mas desaliente el ingenio y que desanime á los corazones virtuosos. Todos quieren tener voto en lo que se habla. Se habla de enfermedades y de médicos, todos quieren conocer las unas y calificar á los otros. No se debia haber hecho esto con esta calentura, se ha cometido esta falta, se habia de haber hecho estotro. Tal médico ha muerto á su enfermo: y si le hubiese recetado tal cosa, no le hubiera sobrevenido tal accidente. A estas proposiciones tan decisivas como poco fundadas, deben responder los profesores del arte con la sonrisa com-

pasiva que merecen. Bien lejos de aprobarlas ellos mismos, de apoyarlas y de escitar por medio de ellas la malignidad pública, deben hacer conocer á los que las pronuncian cuánto se envilece su razon juzgando de lo que no entienden, y cuánto insultan á la justicia queriendo envilecer á los que no pueden ellos juzgar.

¡Cuán pocas personas hay que puedan decidir á un mismo tiempo con imparcialidad, y con un verdadero conocimiento de la causa sobre materias de Medicina! Solo los médicos poseen las luces necesarias para resolver sobre este particular; solo ellos pueden estar muchas veces dispuestos para aprovecharse del espíritu de calumnia que reyna en las tertulias, y pueden valerse muy bien de las ocasiones que les dispensan el ser equitativos con sus compañeros. Asi pues, el público por una parte no tiene derecho para juzgar sobre su modo de proceder, y los médicos por otra no deben alabarse los unos

á los otros, pues muchas veces serian sospechosos sus elogios, lo cual no les está bien, pues no siempre son todos desprecupados.

Si todos se contentasen con inferir del modo de hablar de cada práctico, y de su conducta en los demas negocios, qual era su modo de obrar, y qual podia ser su moralidad en el egercicio de su arte; y si á estos primeros datos se añadiesen las buenas ó malas curas que habia hecho, seria menos ciega su confianza y menos injustas sus censuras. Júzguese en buenhora de los médicos; pero sea sin propasarse á otras cosas. En quanto á lo que á ellos toca personalmente, como es el hacerse injusticias unos á otros, siempre tiene cada uno su amor propio, ó procede de mala fe: y si se me pregunta, ¿de qué medios nos valdriamos para hacerlos entrar en los límites de la equidad y de la razon? responderia, que era necesario apelar á su conciencia, y hacer que se penetrasen de los sentimientos pu-

ros de la dignidad de su arte.

Pero repito que hay un gran número de médicos que se complacen en apreciar el mérito, y los hay tambien que reúnen á su talento los mas vastos conocimientos; y la humanidad mas benéfica (1) á aquella moral juiciosa que cultiva la virtud como un arte, y que hace que el hombre cumpla con sus deberes asi como satisface sus necesidades. Si se hallan pocos médicos de estos se debe atribuir tal vez tanto á los errores de la opinion de cada uno, como á los vicios de nuestras escuelas y á la educacion general. Para que los haya bastaba solo apreciarles como es debido. Si reclamo este homenaje no es tanto para hacerles favor, como para hacérsele al público que los vi-

(1) Durante estas largas guerras han dado los jóvenes médicos las mejores pruebas del mas generoso amor á sus conciudadanos, sirviendo á la patria con un zelo que honra la ciencia y que les asegura la eterna gratitud de sus compatriotas.

tupera con tanta ligereza. Los médicos no necesitan la aprobacion del público, porque saben las veces que se equivocan. Pero es preciso animar á los tímidos, porque de este modo se pudiera lograr que llegasen á igualarles. ; Considérese á qué estudios tan serios, y á qué trabajos tan fastidiosos se dedican! ; de cuántos y cuán continuos sacrificios está llena su vida! ; y qué importantes servicios no pueden recibir de sus manos los individuos, las familias y la sociedad (1)!

(1) Cuando insisto en lo importantes que son las tareas del médico, creo que no me dejo llevar de aquel sentimiento personal que nos exagera casi siempre la utilidad de los objetos á los que hemos dedicado nuestra vida: cuando manifiesto los muchos servicios que puede hacer al público un médico ilustrado, sabio, y virtuoso, me propongo que los que abrazan esta profesion conozcan toda la grandeza y toda la severidad de sus deberes. Puede que en efecto no haya tal vez ningun estado en la sociedad cuyas obligaciones sean mas variadas, mas delicadas

No, no se hacen recomendables por haber libertado á las víctimas del dolor y de la muerte; solo sí porque

y mas graves, y en el que sea necesario formarnos de antemano un plan invariable de conducta, calcular en algun modo todas las circunstancias en que podemos hallarnos, y proceder siempre segun reglas invariables, á las cuales podamos referir todos los pormenores de nuestro método. Permítaseme hacer algunas reflexiones sobre este particular.

Considerada bajo de ciertos respetos, es la profesion de médico una especie de sacerdocio, y bajo de otros una verdadera magistratura. Como su objeto no es otro mas que el de la vida del hombre, y su deber el decir todas las verdades útiles, y no alterar ninguna dándola toda la perfeccion posible, llega á ser una ciencia tan sagrada, que la menor violacion, el mas leve olvido, ó la mas pequeña negligencia en algunos de sus puntos tiene en sí alguna cosa de criminal.

Los deberes del médico pueden considerarse con relacion á la ciencia, con relacion á sus enfermos y con relacion á toda la sociedad.

en sus manos se depositan los intereses mas caros al hombre; pues en el médico confian un marido, una es-

El médico debe á la ciencia, ó si se quiere á la humanidad (porque la utilidad comun de los hombres es siempre su último fin); el médico, digo, la debe buscar en las ciencias auxiliares lo que tiene relacion con su arte, y lo que se le puede añadir sin que esté fundado en ninguna hipótesis, y buscar en el mismo arte lo que se pueda agregar á las demas ciencias, en especial á las que sirven para aclararla. El amor á la verdad debe ser en él no solo una inclinacion ó un hábito sino una pasion estremada: debe ser activo, solícito y escrupuloso. Si el médico virtuoso no puede disfrazar ó callar la verdad, cuando cree haberla descubierto, con mayor motivo no debe descuidar el estudio de los medios por los que se descubre.

No hay duda en que sus enfermos tienen derecho á esperar de ellos todo el cuidado y todos los consuelos posibles. De nada sirve el que sepa recetar, lo que importa es que se sepa curar; y por esta razon no tiene menos necesidad de

posa, un hijo lloroso, un padre y un tierno amigo : en el médico está al parecer la suerte de aquellos des-

conocer los diversos efectos de las impresiones morales que los de los remedios y alimentos. Es preciso que esté indiciado en todos los secretos del corazón, y que sepa mover cuando convenga todas las fibras sensibles. Téngase cuidado con los médicos que curan mejor, y se verá que casi todos son hombres diestros en manejar, digámoslo así, y hacer girar á su gusto el alma del enfermo, en reanimar su esperanza y en restituir la tranquilidad á su imaginacion, si acaso está turbada.

Porque ciertamente, para emplear con fruto el influjo de las pasiones en la curacion de las enfermedades es necesario tener nociones exactas acerca de las relaciones y de la accion recíproca de estos dos géneros de afecciones. Ni tampoco es menos necesario entender el language de las unas y el arte de excitarlas, ó de moderarlas, que el de conocer las señales de las otras y los medios de modificar sus síntomas y su curso. Para que todo lo que rodea al enfermo pueda contribuir en algun modo á curarle, para que las

graciados, que no quieren sobrevivir al objeto de su cariño: á la prudencia y fiel probidad del médico, con-

personas que le asisten se penetren de todos los sentimientos eficaces para efectuar prontamente la curacion, y en una palabra, para saber siempre lo que conviene decir, y lo que conviene hacer, debe reunir el médico mucha sagacidad y mucha discrecion y tacto.

Sus deberes con la sociedad son el comunicar franca y generosamente todos sus descubrimientos, y emplear con prudencia y patriotismo sus talentos y todos los medios con que puede influir su profesion á la sociedad. Insinuándose en lo interior de las almas, asociándose por medio de una amable confianza al modo de pensar y á los sentimientos de las familias, ¡qué de nocivas preocupaciones puede destruir! ¡y cuántas verdades útiles puede divulgar! Este influjo, que depende de la misma naturaleza de sus funciones, produce algunas veces efectos generales, y llega á ser una verdadera causa publica.

Segun el órden actual de nuestros conocimientos puede hacer el médico á la sociedad muchos y muy diferentes servi-

fian sus secretos familias enteras; y finalmente, parece que el médico da esperanza y paz á las almas cuando

cios; pero cada uno de estos servicios no forma un órden particular de deberes, aunque es posible reducirlos á algunas clases principales.

El gran Rey convidó á Hipócrates á que fuese á socorrer la Persia que estaba assolada por una peste cruel. Le ofreció todas las riquezas que podian tentar su ambicion, y todos los honores que podian lisonjear su amor propio. Hipócrates respondió: "en mi pais tengo que comer y que vestir, no necesito otra cosa; ademas, nunca iré yo á servir á los enemigos de mi patria." He aquí el gran ciudadano, he aquí el sábio amigo de los hombres que sirvió á su pais, negándose á lo que en el estrangero le pedian, no de otro modo que sirvieron al suyo Miltiades y Temístocles con sus prodigiosas victorias.

Mi querido maestro, el respetable Dubrueil, dedicado desde muy jóven á la ciencia que cada dia engrandecia, entregado á la humanidad, cuyo amor llenaba su alma, y á la amistad, de la que parecia

no puede dar otra cosa. Tales son los encantos de la virtud benéfica y consoladora, que no necesita socorrer al

ser el genio tutelar; Dubrenil digo, habia ido á Pezenas á pasar algunos meses en el retiro del célebre Venel su padre en Medicina. En medio de las conversaciones mas interesantes, en medio de las dulces impresiones de la mas hermosa naturaleza, y de la primavera mas florida, supo que su pais natal, que era entonces la Provincia de Roverque, se empezó á manifestar una enfermedad epidémica, que causaba grandes estragos y que se caracterizaba por erupcion de bubones y de carbuncos, y era una verdadera calentura pestilencial. Nada le detiene, parte, vuela, y entra por medio del contagio para socorrer á sus paisanos con su beneficencia y con sus precoces talentos. He aquí el médico virtuoso, he aquí un ciudadano que se sacrificaba por ser útil á sus semejantes.

Por dicha nuestra son muy raras las ocasiones como estas en que uno tiene proporcion de servir á su país, y lo serán menos en lo sucesivo á proporcion que hagan progresos la Policía, la Higiene y

desgraciado para darle consuelo, y su voz sola vierte un saludable bálsamo en todas las llagas.

en general el arte de la vida. Pero como acabo de decir, hay ocasiones mas frecuentes en las que el médico, egerciendo en algun modo las funciones de magistrado, puede hacer un beneficio á las leyes, á la moral y á la razon por medio del dominio que tiene en sus enfermos, de la confianza que estos hacen de él, y de la intimidad y conexiones que tiene con su familia. El mayor bien que se pueda hacer á los hombres es sin duda el proporcionarles que adquieran ideas sanas, é inspirarles sentimientos generosos. Éste deber es un deber sagrado, propio de todo ente sensible y racional; pero obliga aun mas en todas las personas cuyas opiniones pueden con mucha facilidad llegar á ser autoridades.

Los médicos por lo general son los que tienen menos preocupaciones. El hábito de observar la naturaleza los hace ver á las claras el fondo de muchas cosas: por esto menosprecian los sueños de imaginaciones inquietas y ociosas, y se ríen de todos los disparates por los que se

Pero aun hay otra cosa : quanto mas dignos son de la gratitud pública , tanto mas saben no echarla menos ; porque su máxima es hacer lo que deben para obtenerla , y fundar de este modo su felicidad en basas

gobierna el mundo ; y los errores funestos que no embrutecen el talento sin corromper el alma han hallado en su sagacidad y energía unos enemigos otro tanto mas terribles , quanto que los argumentos de que se valen contra los charlatanes de toda especie se apoyan en hechos físicos , y que para destruir su fuerza era necesario destruir los hechos. Prósigan pues en buenhora los médicos , continúen ejerciendo este ministerio tan respetable , lleguen á ser los inspectores de la moral , asi como los son de la salud pública y finalmente : hallén en ellos los gobiernos amigos de los hombres unos zelosos defensores de la verdad y de la moral , cuya voz , derramando cada dia en el seno de las familias las luces y el consuelo , haga de modo que germinen en todas partes las semillas de la razon , de las verdaderas virtudes , y por consiguiente de la felicidad.

mas sólidas : aun me atrevo á decir mas, y es, que deben habituarse á desdeñarla , puesto que se ven muchas veces constituidos en el deber de menospreciar el juicio de los que la manifiestan. Puesto que nadie los puede juzgar, sean ellos jueces de sí mismos ; y puesto que no pueden ni las leyes ni el público velar sobre su conducta, es necesario que incesantemente vele sobre ellos mismos su propia conciencia, y que se creen una existencia interior que no merezca ni un injusto vituperio, ni vanos aplausos.

Aman á sus semejantes, y por lo tanto desean servirlos : no les incomoda su ingratitud, porque en esta misma hallan delicias que el vulgo no conoce ; pues el sentimiento profundo que tienen de que la ingratitud no puede entibiar sus proyectos de beneficencia, ni destruir en su corazon las dulces emociones de humanidad, es sin duda un bien superior al deleite que puede ofrecer el reconocimiento.

Los médicos y los legisladores no ven mas que hombres: la vida del potentado ó del rico no les es mas preciosa, que la del ciudadano humilde y la del indigente. Si alguna vez asisten con mas cuidado á algunas personas, lo hacen porque las tales son ó los defensores de la patria, ó los sabios que la ilustran, ó los grandes artistas que la dan honor: si acaso alguna vez pensasen en no querer asistir á algun enfermo, solo seria á los malhechores públicos, contra los cuales no puede en ocasiones usar de venganza la sociedad (1). No contentos con hacer bien, se valen de todo el ascendiente de su ministerio para que los demas le hagan; y no contentos con estudiar continuamente lecciones de prudencia, se valen de la íntima confianza que tienen con los enfermos para propagar todas las

(1) Véase en la nota anterior cual fué la respuesta de Hipócrates al gran Rey Artaxerxes.

verdades útiles. Cuando el deber lo exige saben menospreciar el ódio, los peligros, el contagio y la muerte. ¡ Ah! ¡ y cómo los compadecerías, lector querido, si los vieses entrar en una ciudad apestada, ó respirar los vapores perniciosos de una calentura maligna! ¡ Ah! ¡ sin duda eres tú, lector, el digno de compasion, si no conoces que este trabajo lleva consigo el justo premio, porque el estado en que entonces se halla el alma es acompañado de las mas dulces y honrosas fruiciones!

Finalmente: cuando llega el momento en que deben pagar el feudo inevitable, que han visto pagar á tantos, recorren con el pensamiento el camino que han andado; no ven cosa alguna que no los llene de un gozo inefable; sus últimas palabras son una accion de gracias al Arbitro eterno de la vida y de la muerte, y la tierna espresion con que manifiestan que han sido virtuosos y justos.

Tal fué antiguamente el grande

Hipócrates, tal era al fin del último siglo el sabio y bondadoso Sydenham, y tales han sido en nuestros tiempos los Van-Swieten, los Dehaen, los Pringle, los Morgagni, los Rosen, los Antonio Petit, los Ribeiro Sanchez, los Dubrenil &c., cuyas tareas han servido á la humanidad; cuyos nombres son la gloria del arte; y cuyo ejemplo presentado á la emulacion de la juventud puede servir aun para formar de edad en edad hombres dignos de ocupar su puesto (1).

(1) La cuestion que acabamos de examinar en sus argumentos principales, podria esponerse mas general y brevemente asi como sigue.

1. Los fenómenos de la salud y de la enfermedad, los efectos de los alimentos, de los remedios, ó de toda sustancia capaz de modificar el estado del cuerpo viviente, ¿se pueden emplear segun un orden regular y metódico?

2. ¿Puede sujetarse á la observacion semejante orden?

3. O lo que es lo mismo, ¿pueden establecerse ciertos principios fijos sobre

el modo con que son producidos estos fenómenos ó estos efectos?

4. ¿Se pueden establecer, por una consecuencia directa, otros principios correspondientes acerca de producirlos por el arte, de precaverlos, ó de hacer que cesen?

Aquí se vé que cada palabra de la cuestion lleva en algun modo la respuesta consigo misma.

Pero sucede con esta simple enunciacion lo que con todas del mismo género: no se las entiende bien y no se penetra completamente su sentido, hasta despues de haber seguido toda la cadena de proposiciones particulares que incluyen y presentan como en un resumen.

P. S. Por lo que me ha dicho un amigo mio muy ilustrado, creo deber añadir aquí, que aunque no admito una exactitud matemática para valuar las certidumbres relativas á los objetos usuales de la vida, estoy sin embargo muy lejos de negar que el método general de raciocinar se ha perfeccionado mucho, porque se ha reflexionado con mucha atencion sobre el modo con que se procede en el cálculo. Por otra parte, sé muy bien que se ha empleado por hombres de profundísimo talento con apariencia de buen éxito

la lengua algebraica, para valuar las probabilidades no solo de toda opinion que no puede reducirse á una fórmula exacta, vista la muchedumbre y la inconstancia de sus datos, sino tambien de la mayor parte de acontecimientos eventuales, aun de los que estan fundados en las pasiones mas inconstantes y móviles del corazon humano. Estos dos métodos, quiero decir, el del cálculo y el de una sana metafísica se aclaran mutuamente por medio de grandes conocimientos: cuando se han reunido ambos, han hecho nuevos progresos, que no conocerán los que no los miren con atencion; y todo anuncia que no están muy lejos de hacer otros aun mas importantes. Debemos convenir en que ciertas partes de la física animal, tales como son el conocer las fuerzas musculares, la teoría de la vista y la del oido no pueden tratarse debidamente sin el auxilio de las matemáticas. Pero los verdaderos geómetras son los que saben que el cálculo no se aplica á todo; y todavia es mas cierto, que las diferentes veces que se le ha aplicado hasta ahora al arte de curar, lejos de contribuir á que hiciera progresos; le han llenado por desgracia nuestra de las teorías mas falsas, y de planes curativos los mas peligrosos.

